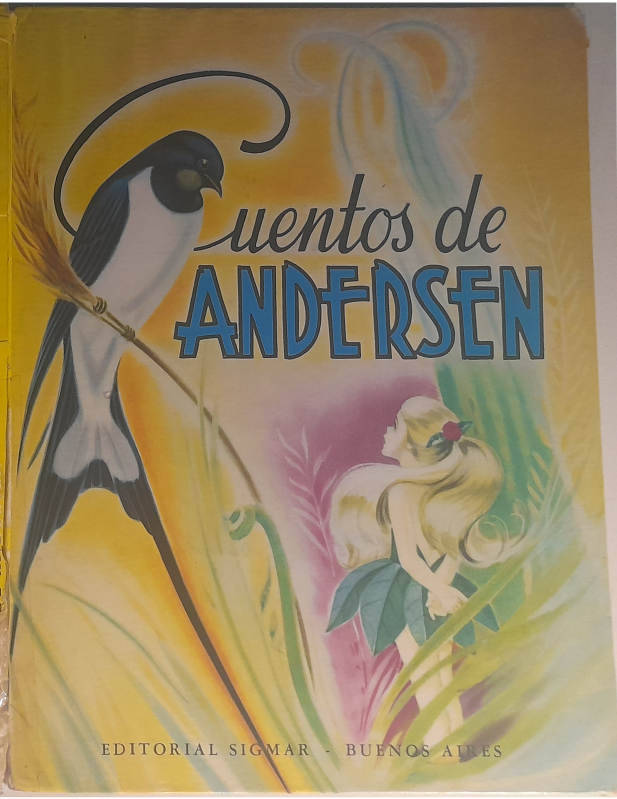
Es una edición
SIGMAR

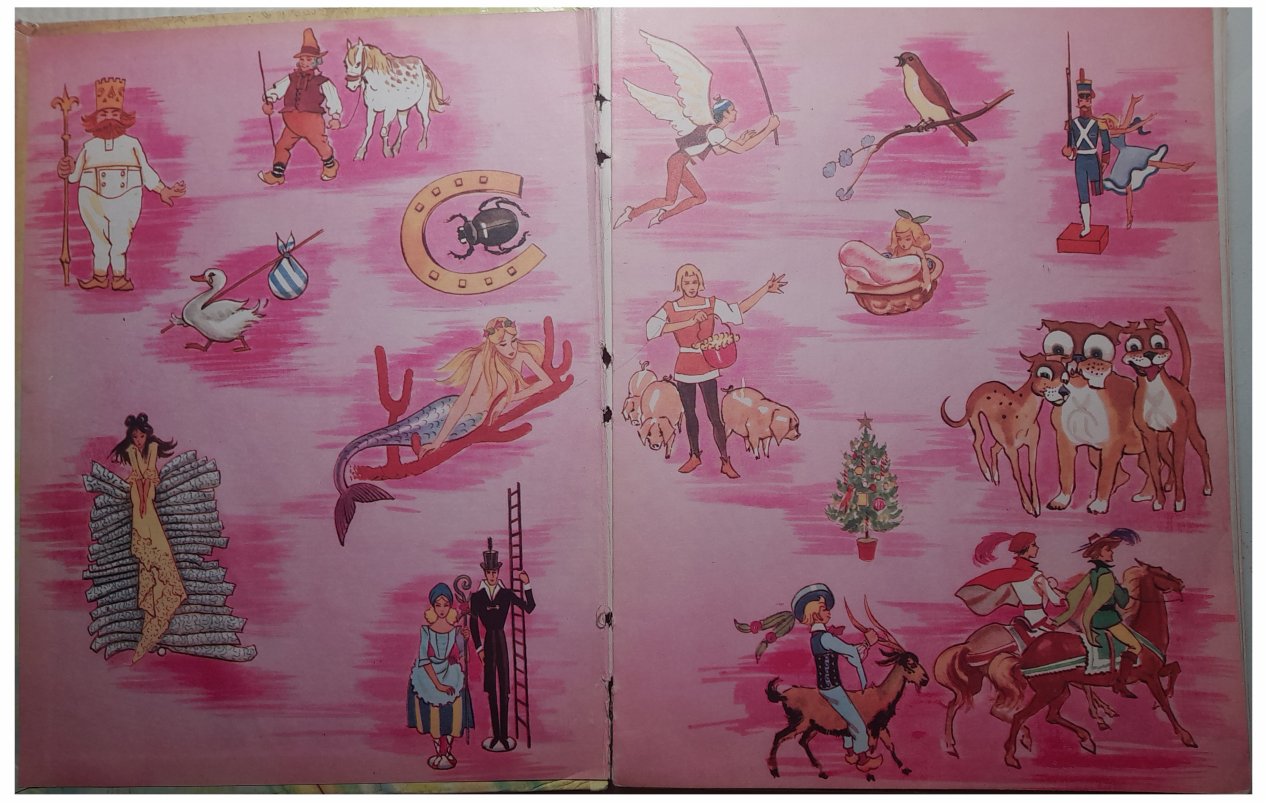
DE ANDERSEN

COLECCIÓN ESTRELLA

Cuentos de ANDERSEN



EDITORIAL SIGMAR - BUENOS AIRES



TITULOS PUBLICADOS EN ESTA COLECCION

En el mundo de los cuentos
Las mil y una noches
Festival de Walt Disney
Leyendas universales
Don Quijote de la Mancha
Corazón
Fábulas
Martín Fierro
Desfile de Walt Disney
La isla del tesoro
Mujercitas
Cuentos de Andersen
Las aventuras de Tom Sawyer
La Ilíada y la Odisea
Robin Hood
Buffalo Bill
Sitting Bull, el gran jefe sioux
Cuentos de Grimm
La vuelta al mundo en ochenta días
Fiesta de cuentos

Cuentos de ANDERSEN

COLECCION ESTRELLA

EDITORIAL SIGMAR - BUENOS AIRES

Adaptación de Julia Daroqui

Ilustraciones de Santos Martínez Koch

CUARTA EDICION

Copyright 1965 by Editorial Sigmar S. A., Buenos Aires - Impreso en la Argentina. Printed in Argentina - Hecho el depósito de ley - Derechos reservados - Prohibida la reproducción total o parcial.

EL RUISEÑOR

LA historia que vamos a contar sucedió hace muchísimos años. Razón de más para contarla, porque de otro modo, con todo ese polvo de tiempo encima, nadie la recordaría, y es mejor que no se olvide nunca.

Han de saber que el emperador de la China es un señor chino que vive rodeado de chinos. El de nuestro cuento, habitaba en el más hermoso de los palacios, todo hecho de finísima porcelana blanca y rodeado de un jardín donde florecían las plantas más extrañas. El jardín era tan grande, que ni siquiera el jardinero estaba seguro de saber adonde terminaba. Si alguien del palacio se animaba a caminar lo suficiente, podía encontrarse con lagos enormes, y todavía un poco más lejos, con grandes bosques que llegaban hasta el mar.

Por aquel mar navegaban algunos barcos y sus afortunados pasajeros alcanzaban a ver desde la borda las orillas del jardín del emperador. En uno de los árboles del bosque, vivía un ruiseñor. Cantaba tan maravillosamente que hasta los pobres pescadores que echaban sus redes en la playa cercana, agobiados por el trabajo y las necesidades, se detenían gozosos a escucharlo. Visitantes de todas partes del mundo llegaban al país y se quedaban admirados del esplendor de la ciudad imperial, entre cuyas maravillas estaban el palacio y el jardín del emperador; pero nada los dejaba tan extasiados como el ruiseñor que cantaba en los lejanos bosques.

Muchos de ellos, al volver a su patria, escribían libros contando lo que habían visto y ninguno de ellos olvidaba al ruiseñor. Un día llegó a manos del soberano un libro que le enviaba su colega, el emperador del Japón. Leyó muy satisfecho lo que se contaba de su reino. Y del ruiseñor. Primero sintió orgullo y luego sorpresa; y la sorpresa le causó un disgusto.

—¿Qué es esto? —se preguntó—. Dicen que lo más maravilloso de mi reino es

este pájaro: ¿Será posible que tenga que enterarme por los libros? ¡Se me está ocultando tan importante asunto! ¡Que venga el chambelán!

Entonces vino el chambelán, que era un gran señor de la corte, personaje de tan alto rango que jamás dirigía la palabra a los inferiores.

—¿Cómo se explica esto? —le preguntó enojado el emperador—. Cuentan en estos libros que existe aquí un pájaro que se llama ruiseñor, que es la maravilla más notable de mi reino. A mí nunca se me habló de él. ¡Quiero que esta noche venga a cantar a palacio!

—Perdonad, señor —respondió humilde y confundido el chambelán—. Lo buscaré para traerlo ante vos. Vuestra Majestad tendrá esta noche en sus salones a tan famoso cantante.

Atemorizado por el enojo de su soberano, el desdichado funcionario corrió escaleras arriba y escaleras abajo, pero no halló a nadie que supiera del ruiseñor. Entonces volvió ante el emperador y le dijo muy convencido:

—He estado investigando por todo el palacio. Vuestra Majestad no debe creer todo lo que se escribe por ahí. Los libros no son más que invenciones y los poetas unos grandes mentirosos en todas partes.

—Pero este libro me lo envió el poderoso emperador del Japón. ¡No puede mentir! —tronó el emperador de la China—. ¡Insisto en que tengo que oír cantar al ruiseñor! De lo contrario, ni un solo morador del palacio quedará sin castigo.

El chambelán echó a correr con muy poca dignidad. Y otra vez escaleras arriba y escaleras abajo. Por fin se le ocurrió ir a la cocina y halló a una muchachita que allí trabajaba.

—¡Oh, sí! —respondió cuando le preguntaron—. ¡El ruiseñor! Lo conozco muy bien. Cuando regreso a mi casa, suelo detenerme en el bosque para escucharlo. Su canto es tan dulce, que hace brotar las lágrimas de mis ojos y me parece sentir como si mi madre me estuviera besando.

El chambelán dio un brinco de alegría. En seguida se puso muy serio y prometió a la niña un puesto permanente en la cocina y también permitirle asistir a la comida del emperador, si lo guiaba hasta el lugar donde estaba el ruiseñor. La niña consintió, y cuando emprendieron el camino, una multitud de cortesanos fue tras ellos. De pronto, ya en el bosque, un sonoro canto rompió la quietud. Pero se sintieron muy desilusionados al ver un ave tan pequeñita y tan poco vistosa. Sin embargo, el ruiseñor continuó su melodía y al poco rato estaban todos embelesados.

—Señor pájaro —dijo el chambelán—. El gran emperador de la China os invita a que vayáis a cantar esta noche al palacio. Quiere oír vuestra soberbia voz.

—Mi canto se escucha mejor en los bosques —respondió el ruiseñor—, pero iré a ver al emperador y cantaré.

Regresaron y pronto se dispuso todo para la fiesta. Esa noche, el palacio resplandecía de luces. En el centro del gran salón principal, se levantaba el trono del emperador, recamado de piedras preciosas y junto a él colocaron una percha de oro donde había de posarse el invitado. A la cocinerita le permitieron que se asomara a una de las puertas interiores para ver la reunión. Las damas lucían preciosos trajes de seda bordada y había gran animación. Se dejaron las ventanas abiertas, a la espera del ansiado artista.

Cuando el ruiseñor entró por una de ellas, todos quedaron callados, a la expectativa. El pájaro se posó en la percha y cantó. Cantó tan armoniosamente, con tanta dulzura, que las lágrimas corrieron por las mejillas del emperador. Cuando terminó, el soberano se secó los ojos y quiso darle, como premio, un regalo: una preciosa chinela de oro. El ruiseñor inclinó la cabecita.

—Señor —dijo—, me basta el homenaje de vuestra emoción para sentirme feliz.

El emperador de la China quedó prendado y quiso que el pájaro quedara en el palacio. Insistió tanto que el ruiseñor aceptó por fin. Se le hizo construir una jaula especial toda de oro y se le concedía permiso para salir dos veces al día y una vez por la noche. Diez sirvientes lo cuidaban. El ruiseñor vivía en medio del esplendor del palacio, mimado y agasajado, pero sufría por falta de libertad.

Un día, un cortesano envidioso, se presentó ante el emperador con una cajita. Al abrirla, halló en ella un hermoso pájaro mecánico, fabricado con brillantes y piedras preciosas que, cuando

se le daba cuerda, cantaba igual que el pequeño ruiseñor del bosque. Era perfecto. Entonaba sus melodías en cualquier momento que se deseara oírlo, y su aspecto era mucho más bello que el del pájaro verdadero, que sólo tenía sus humildes plumas.

El emperador enloqueció de alegría y vanidad al pensar que era dueño de tan asombroso invento. Llenó de honores al cortesano que se lo ofreció, y no hubo un solo personaje en el palacio que no afirmara que ese pájaro era superior al otro en belleza y armonía.

Y sucedió que poco a poco fueron olvidando al ruiseñor, y éste entonces huyó por la ventana. Nadie tuvo para él una palabra de cariño, ni nadie sintió remordimiento por haberlo abandonado. Por el contrario.

—Es un desagradecido —comentaron a una sola voz los cortesanos—. Pero no tiene importancia que se haya ido ahora. Nos queda el mejor de los dos.

El pájaro artificial se convirtió así en el mimado de la corte. El emperador quiso que el pueblo entero pudiera oírlo, y dispuso que se diera un concierto en la plaza pública, dirigido por el mejor de sus músicos. Los que asistieron, quedaron tan contentos como si se hubieran emborrachado con té. Sólo los pescadores movieron la cabeza a un lado y otro sin decir nada.

Ellos sabían que ninguna criatura podría cantar como el ruiseñor.

Pero un día ocurrió algo inesperado. Al pájaro mecánico se le rompió la cuerda y no cantó más. Poco después, el emperador cayó gravemente enfermo. La tristeza lo consumía. Comenzó a adelgazar mucho y dejó de interesarse por las cosas del reino. Se moría sin remedio.

Desde su lecho suntuoso, hundido entre encajes y bajo el dosel de raso, contemplaba al pájaro artificial que lo acompañaba, encerrado en una vitrina, callado y quieto.

Una noche, cuando el emperador ya ni podía levantar la cabeza de la almohada, un canto maravilloso lo sacó de su entresueño: el ruiseñor, desde la rama de un árbol, cantaba para él. A medida que surgía la melodía, la sangre comenzó a correr por las venas con nueva vida, se sonrosó el rostro real y brillaron los ojos hundidos del emperador.

Hasta la madrugada cantó el pájaro olvidado, y cuando el sol entró a raudales hasta el lecho, los cortesanos hallaron a su soberano completamente restablecido y feliz, mientras el ave seguía cantando en el bosque.

—¡No me abandones! —rogó el emperador—. Vuelve conmigo. Vivirás libremente en los bosques, pero ven a cantar para mí todas las noches.

Así lo prometió el ruiseñor. Y prometió también contarle todo cuanto viera en el inmenso reino, para que conociera los pesares y alegrías de sus súbditos. Después, se subió a la cama y murmuró a su oído:

—Pero no digáis a nadie que hay un pajarito que todo os lo cuenta.

EL PATITO FEO

El campo se veía hermosísimo; era el verano. El trigo maduro parecía oro y la avena estaba aún verde. El heno se alineaba en grandes parvas sobre la pradera, por donde se paseaban las cigüeñas de largas patas rojas.

En el centro de los bosques que rodeaban el campo, se abrían enormes lagos. Y en el lugar más claro y soleado, se levantaba una antigua mansión rodeada por un foso profundo; por entre las grietas de sus muros brotaban plantas que llegaban hasta el borde del agua, plantas de follaje tan espeso que las paredes parecían una selva. Allí, oculta a todas las miradas, una pata empollaba su nido.

Ya estaban por nacer los patitos. La pata se hallaba cansada de su quietud. Nadie la visitaba, porque los otros patos preferían nadar en el foso en vez de quedarse con ella bajo las grandes hojas del muro.

Llegó por fin el día en que, con breves píos, los patitos rompieron los huevos y asomaron sus ojos al mundo.

—¡Cuá-cuá! —los saludó su madre.

—¡Qué grande es el mundo! —exclamaron asombrados, mientras con una mezcla de alegría y temor buscaban refugio bajo las alas de la mamá.

—¡Oh, es mucho más grande aún! —dijo la pata—. Sigue más allá del jardín. Ya saldremos después a pasear. ¿Están todos? ¡Ah, no! El huevo más grande no se abrió aún. Tendré que volver a echarme...

Una vieja pata vino a visitarla poco después, y las dos se pusieron a conversar para pasar el tiempo. Nuestra pata le habló de su fastidio por ese huevo perezoso que la obligaba a estarse quieta todavía unos días más.

—Déjame ver ese huevo —pidió la pata vieja—. ¡Ah! Ya me lo imaginaba. Puedes estar segura de que es un huevo de pavo. Una vez me llevé yo un chasco parecido, y no sabes el trabajo que me dieron los tales bichos. ¡Le tienen miedo al agua! No te ocupes de él. Y si quieres seguir mi consejo, déjalo ya y dedícate a enseñar a nadar a los otros.

Pero la pata era una buena madre y no quiso escucharla. Pasaron los días y, por fin, lanzando agudos píos, salió del huevo una criatura tan grande y tan fea, que la pata se quedó mirándola con asombro. ¿Sería aquello un pichón de pavo? Pronto lo sabría... ¡Al agua, vamos! Y cuando el sol brillaba con más fuerza, la pata con toda su familia, se lanzó al agua del foso. Uno tras otro, sus patitos la siguieron. Se hundieron y volvieron a salir, flotando espléndidamente. Ella los miraba de reojo: también el grandote, gris y feo, nadaba con ellos.

—Pues no es un pavo —reflexionó la pata—. Nada muy bien. Es mi hijo. Después de todo, no es tan feo... ¡Cuá-cuá! Vengan conmigo, vamos a conocer el mundo. Los voy a presentar en el gallinero.

La pata caminó muy tiesa con sus patitos, enseñándoles a caminar erguidos, a decir correctamente "cuá-cuá", y a saludar con cortesía a un pato grande y majestuoso, con una cinta roja en la pata, el más importante de todos porque llevaba sangre española en las venas. Los otros patos los miraban, criticando en voz alta al pobrecito feúcho. El pato de la cinta roja dio su aprobación a la bandada, menos al último.

Tras esto, los patitos se sintieron como en su casa, pero el patito que naciera tan feo, fue muy mortificado. Los patos lo mordían, las gallinas lo picoteaban y la chica que les daba de comer lo echaba a un lado.

—Es porque soy tan feo... —se dijo entonces el patito. Y un día, muy asustado, escapó por sobre el cerco, llegando a un pantano donde vivían unos patos salvajes.

—¡Qué feo eres! —le dijeron—. ¡Horriblemente feo! Pero puedes quedarte. Nadie piensa casarse contigo.

Permaneció dos días con los patos silvestres. Esa tarde, cuando charlaban alegremente con dos ánades que acababan de llegar... ¡bam! ¡bam!, sonaron dos disparos por encima de sus cabezas y los dos ánades cayeron muertos.

Se realizaba una partida de caza en los alrededores y los cazadores tiraban escondidos entre las cañas. Los perros se lanzaron sobre la presa, jadeando y removiendo el agua. El pobrecito pato se alarmó mucho y escondió la cabecita bajo el ala al ver delante de él a un enorme perrazo. Pero el perro lo miró, abrió la boca y luego se marchó.

—¡Gracias a Dios! Soy tan feo, que ni el perro ha querido morderme —suspiró el patito.

Y se quedó allí, muy quietito, hasta que al caer la tarde cesaron los disparos y vio alejarse a los cazadores con sus perros. Esperó un rato y luego huyó del pantano a todo correr. Se había hecho de noche cuando llegó a una casita muy pobre; el patito se asustaba de todo, y no se atrevió a llamar. El viento soplaba en ese momento con tanta fuerza que tuvo que sentarse sobre la colita para resistirlo. De pronto vio que una de las tablas de la puerta estaba rota, y se metió tímidamente por aquel agujero. En la choza vivía una señora muy vieja, sin más compañía que un gato y una gallina. Por la mañana descubrieron al patito.

—¿Qué es esto? —exclamó la anciana, que no veía bien—. ¡Qué bueno! Ahora tendré huevos de pata para mi almuerzo.

Allí quedó el patito, y al cabo de tres semanas, no había puesto ningún huevo, claro está, porque no era una patita. Y cada día se disgustaba más la anciana dueña de casa.

Para peor, el gato y la gallina eran muy presumidos. El patito no podía siquiera opinar delante de ellos. No se lo

permitían, porque según decían, él no servía para nada.

—¿Sabes ronronear como un gato? No. ¿Sabes poner huevos como una gallina? Tampoco. ¡A callarse, pues!

Y el patito se quedaba triste y solo en un rincón, pensando en su mamá y los hermanitos. ¡Qué bien hubiera vivido de no haber sido tan feo! No podía volver, pero tampoco quería seguir viviendo con la anciana, el gato y la gallina, tan insoportables. Y un día se fue.

Encontró en el camino una laguna donde pudo echarse a nadar, como a él le gustaba, y pasear al sol. Llegó el otoño. El patito temblaba, sintiéndose triste y muy solo. Un atardecer, cuando el sol se ponía, vio pasar una bandada de pájaros blancos, con el largo cuello tendido, que movían graciosamente las alas. Sus figuras se recortaban contra el cielo enrojecido. Aquellas aves tan elegantes volaban en busca de climas más templados, hacia países más cálidos.

—¡Qué hermosos y fuertes son esos pájaros! —suspiró el patito feo, viéndolos alejarse entre las nubes.

Jamás los olvidaría. Sentía que los amaba sin conocerlos. Quiso decirles adiós y lanzó un grito tan raro, tan poco parecido a un "cuá-cuá", que él mismo se asustó.

Vino el invierno y nevó intensamente. El patito trataba de nadar cuanto podía para no quedarse tieso de frío. Pero la laguna comenzó a helarse. Cada vez era más pequeño el espacio con agua, hasta que al fin sólo quedó un agujero. Y allí quedó una noche atrapado por el hielo, y ya no pudo moverse.

Sin duda hubiera muerto en aquel sitio, pero por fortuna, a la mañana siguiente pasó por el camino un campesino y lo vio en la laguna helada.

—En buena se ha metido el pobre animalito —se dijo.

Y con un zueco, se puso a quebrar el hielo, hasta que pudo llegar junto al patito, al que libró ya desfallecido. Sin perder momento, lo llevó a su casa. La esposa y los niños del campesino lo recibieron muy bien, y entre todos procuraron darle calor, hasta que lo hicieron revivir. Pero el patito, asustado, se echó a volar locamente, volcó la harina, tiró la manteca, desparramó la leche. La campesina gritaba, los chicos quisieron atraparlo y el patito huyó por la puerta abierta.

Sería muy triste contar todas las privaciones que pasó hasta que el sol volvió a calentar la tierra otra vez.

Un día sintió que las alondras cantaban: era de nuevo la primavera. Se encontró fuerte, sus alas lo sostenían, y se echó a volar. Pronto se halló sobre un jardín donde florecían los manzanos y el aire olía a lilas recién abiertas. En un lago nadaban tres cisnes, y el patito reconoció a aquellas hermosas aves que viera volar una vez. Tembloroso, pensó que lo despreciarían por su fealdad, pero prefirió morir junto a ellas antes que volver al gallinero.

Se dejó caer sobre el agua, y en el espejo del lago vio su propia imagen: no un pobre patito gris y feo, sino un bello cisne blanco. Algunos niños se acercaron a arrojarle migas.

—¡El nuevo cisne es el más hermoso! —gritaron alborozados.

El cisne ocultó la cabeza bajo sus alas; se sentía feliz, pero no envanecido. Jamás se envanece un corazón generoso.

Las lilas se mecían junto al lago, el sol brillaba y él era dichoso pensando:

—¡Nunca soñé que sería tan feliz mientras fui el patito feo!

PULGARCITA

UNA señora se sentía muy triste por vivir sola. Deseaba un niño y fue a ver a una maga para que le dijera dónde conseguirlo.

—Planta en una maceta este grano de cebada, y ya verás qué maravilla.

En cuanto la mujer estuvo en su casa, lo sembró, y en seguida brotó una gran flor en forma de tulipán, cerrada como un capullo. La señora besó los pétalos y apenas lo hizo, la flor se abrió mostrando en el centro de la corola una niña pequeñita. Era graciosa y bonita, pero tenía el tamaño del dedo pulgar. La dama le puso entonces el nombre de Pulgarcita, y se sintió muy feliz al tener esa niña.

Pulgarcita dormía en una cáscara de nuez que la señora le preparó, con flores por colchón y pétalos de rosa por frazadas. De día jugaba sobre la mesa, en un plato lleno de agua donde flotaba una hoja de tulipán. Sobre ella, como si fuera una barca, navegaba la niña a todo lo ancho del plato, que para su tamaño era como un estanque.

Una noche entró por la ventana un sapo y al ver a Pulgarcita dormida, pensó que sería la mujer ideal para su hijo. Puso la cáscara de nuez sobre su rugoso lomo verde y volvió a salir al jardín. A saltos, llegó hasta la orilla del pantano adonde vivía con su hijo, tan feo, hinchado y rugoso como su padre. El sapo joven empezó a saltar y a gritar al ver a la niñita, y su padre tuvo que calmarlo para que no la despertara.

—La pondremos sobre un nenúfar en medio de la charca, y allí estará como en una isla. Así no podrá escaparse.

Cuando salió el sol, la pequeña despertó; al ver que estaba sola y que no podía regresar a su casa, se puso a llorar. Al rato, aparecieron los sapos.

—Te presento a mi hijo —le dijo el viejo sapo—. Será tu marido y van a ser muy felices en la casa que preparamos bajo el agua.

Los dos sapos empezaron por llevar al nuevo hogar la cáscara de nuez donde dormía Pulgarcita y la dejaron sola, llorando a mares, sobre su nenúfar. Pero los pececitos que vivían en la charca lo habían oído todo, y sintieron pena de que tuviera que vivir en el barro junto a marido tan feo. Entonces, todos juntos, se pusieron a roer el tallo que sostenía la hoja, y cuando concluyeron su tarea, el nenúfar se fue con la corriente alejando a Pulgarcita de los sapos.

La niña navegó durante muchos días, hasta que una mañana, un abejorro se lanzó sobre ella, la tomó entre sus peludas patas y, volando, la dejó en la rama de un árbol. Luego, le dio a beber néctar de flores y la atendió con amabilidad. En seguida, llamó a sus compañeros para que vinieran a verla. Las abejorras la encontraron muy fea, porque era delgadita y no tenía antenas como cualquier abejorra buena moza. Tanto dijeron, que el abejorro se convenció de que aquella personita no merecía que nadie se ocupara de ella. La puso sobre una margarita al pie de un árbol y le dijo:

—Muchas gracias por tu agradable compañía, pero cuando quieras, puedes irte.

Pulgarcita lloró más y más. Lloraba porque estaba sola y abandonada, pero también porque entendía que era tan fea, tan fea, que ni siquiera los abejorros la querían. Y la verdad es que era tan bonita, tan suave y tan delicada como el más hermoso pétalo de rosa.

Durante el verano, Pulgarcita vivió en el bosque. Se convirtió en la amiga de los pájaros. Y ellos le cantaban sus más bellas canciones. Pero pasó el verano y empezaron a llegar los fríos. Los pájaros partieron hacia otros países en busca de calor y ella volvió a sentirse abandonada. La hoja bajo la cual se resguardaba se secó, se arrugó y terminó por morir, dejándola sin protección.

Llegó el invierno. Pulgarcita estaba aterida de frío y echó a andar para buscar un refugio. Se internó en un campo que había estado sembrado de trigo, donde ya sólo quedaban algunos tallos secos sobre la tierra, y llegó a la cuevita del ratón del campo. Llamó a la puerta, y el ratón, al verla tan pequeña y helada de frío, sintió compasión y la hizo pasar.

La casita era pequeña, pero cómoda y abrigada. Su despensa estaba bien provista y allí no hacía frío.

—Puedes pasar conmigo todo el invierno —le dijo—. Yo te quedaré muy agradecido si haces la limpieza y me cuentas cuentos, que me gustan mucho.

Así Pulgarcita fue muy feliz durante un tiempo. Hasta que llegó un día en que el ratón del campo le dijo:

—Hoy es un día muy especial, porque viene a visitarme mi vecino. Es un señor muy importante y muy rico. Vive en una casa grande, con muchos salones, y se viste de terciopelo. Creo que te conviene por marido. No ve bien, y seguramente se pondrá muy contento si le cuentas algunas de tus historias más bonitas.

El vecino se presentó aquella tarde, vestido con su casaca de terciopelo negro. Era un topo muy rico y muy sabio, pero le disgustaban el sol y la luz y las flores, y a Pulgarcita no le interesaba casarse con alguien que sólo quería vivir en una cueva. La niña cantó lindas canciones, y cuando terminó, el topo los invitó a pasar a su casa, que acababa de unir con la del ratón del campo cavando un pasillo bajo tierra.

—Al hacer el corredor encontré un pájaro muerto —les dijo, antes de entrar a la cueva—. Se los advierto para que no se asusten de un bicho tan asqueroso cuando lo vean.

Apenas llegaron al lugar, el topo abrió un boquete en el techo del pasillo con el hocico, para que entrara la luz del día, y entonces vio Pulgarcita una golondrina con las alas plegadas, que sin duda había muerto de frío. El topo y el ratón del campo hablaron despreciativamente de los débiles pájaros que no saben soportar el invierno. Pulgarcita, en cambio, pensó que quizás aquella golondrina era una de las amigas que la habían acompañado en el verano, y la besó en los ojos. El topo volvió a cubrir el agujero del techo con tierra, les mostró la casa, y luego el ratón regresó con la niña a la suya.

Pulgarcita no pudo dormir esa noche pensando en la golondrina muerta de frío; se levantó, tejió una manta con tallos de heno, le puso un relleno de algodón y corrió por el pasillo hasta donde yacía el ave. La cubrió y se inclinó para agradecerle las canciones que tanto la habían alegrado en el buen tiempo. Al poner la mano sobre el pecho de la golondrina, sintió latir su corazoncito: el ave no estaba muerta y revivía con el calor.

Durante varias noches Pulgarcita cuidó de la golondrina, abrigándola y dándole de comer.

Poco a poco el pájaro fue sintiéndose mejor.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí —le dijo—. Pronto podré volar.

Pero Pulgarcita le explicó que afuera hacía mucho frío, que debía esperar. Allí quedó todo el invierno, sin que el topo ni el ratón se enteraran. Cuando llegó la primavera y el sol calentó la

tierra, Pulgarcita abrió otra vez el agujero que había hecho el topo y la golondrina echó a volar hacia la luz, invitándola a seguirla.

Era fácil si se montaba sobre su cuerpo. Pero Pulgarcita sabía que el ratón del campo quedaría muy apenado y no quiso ir, porque él había sido muy bueno al ayudarla. La golondrina partió sola y Pulgarcita la despidió tristemente.

Un día, el ratón del campo le dijo a la niña que el topo había pedido su mano y que debía empezar a preparar su ajuar de novia. Pulgarcita se puso a tejer y el ratón contrató a cuatro arañas para que la ayudaran. La chiquita le pidió que la dejara despedirse del sol y de la luz, porque ya para siempre habría de vivir en la oscura cueva del topo.

Salió al campo, y estaba llorando mirando al cielo por entre los trigos, cuando oyó un alegre pío sobre su cabeza. Era su amiga, la golondrina, que volvió a insistirle para que la acompañara.

—¡Ven, Pulgarcita, ven! ¡Huye de ese horrible topo!

La niña se decidió. Montó sobre el pájaro, y la golondrina cruzó bosques y mares y montañas hasta que llegó a tierras cálidas donde brillaba el sol, florecían las plantas y maduraban las naranjas. Donde los pájaros cantaban y el aire olía a menta.

Junto a un lago se levantaba un palacio de mármol blanco, en cuyas columnas hacían su nido las golondrinas. El ave bajó y dejó a Pulgarcita sobre la corola de una flor.

Entonces vio, sentado en el cáliz, a un hombrecito con alas transparentes que llevaba una corona de oro sobre su hermosa cabeza. En cada flor había uno de aquellos seres, pero éste era el rey. Cuando vio a la niña, se enamoró de ella. ¡Qué feliz fue entonces Pulgarcita, y qué distinto era este principito del

horrible sapo de la charca y del oscuro topo de la cueva!

Las damas y caballeros que vivían en las otras flores se presentaron con regalos, y el más hermoso fue un par de alas transparentes que colocaron en los hombros de la pequeña.

Ahora, también podía volar como sus amigas las golondrinas, y así feliz por siempre jamás, vivió Pulgarcita junto al rey de las flores.

LOS TRAJES DEL EMPERADOR

UN emperador muy vanidoso gobernaba hace muchísimos años un lejano país. Este señor quería ser distinto a todos los otros emperadores de su tiempo, y destacarse siempre por sus orientales vestidos. Nada le gustaba más que poseer gran cantidad de trajes. Los tenía de todas las telas y colores, se mudaba de ropa a cada momento, y más de una vez hubo que esperar a iniciar una reunión importante porque el soberano tenía que cambiarse.

Un día aparecieron en el reino dos desconocidos. Al principio no llamaron la atención de nadie, porque eran muchos los extranjeros que llegaban continuamente, atraídos por las alegres diversiones de aquella capital. Pero muy pronto se hicieron notar porque se presentaron como los más hábiles tejedores del mundo. Según decían, nadie había podido hacer telas tan maravillosas como las que ellos confeccionaban, no sólo por la combinación de los hilos con que las tejían, ni por los dibujos que creaban sobre su trama, sino por una rara cualidad que aquellos géneros poseían: la de ser invisibles. Pero aclaremos bien: invisibles, según ellos mismos explicaban, sólo para los que fueran rematadamente tontos o que no sirvieran para desempeñar el cargo que ocupaban.

Como es fácil imaginar, los desconocidos tejedores no eran otra cosa que dos pillos que conociendo de sobra la fama de presumido que tenía el emperador, suponían y con razón, que no les sería muy difícil hacer fortuna si conseguían llegar hasta él. No tardaron en lograrlo, porque muy pronto todo el mundo habló de los tejedores extranjeros y de su extraño tejido.

—¡Rábanos! —se dijo el monarca, acariciando el traje flamante que acababa de estrenar—. Esto es muy interesante. Me gustaría poseer esa tela; así podría saber cuáles son los funcionarios de mi reino que sirven para desempeñar su cargo. Haré llamar a esos artistas del tejido.

Pronto estuvieron los dos sinvergüenzas en palacio, con encargo de confeccionar un traje para el emperador.

—Será un honor vestiros, Majestad. Trabajaremos para vos y haremos, en homenaje a tan elevado cliente, la tela más maravillosa que jamás hayan contemplado los ojos de mortal alguno.

Como no querían que nadie presenciara su trabajo, porque según dijeron debían conservar el secreto, fueron conducidos a lo más alto de una de las torres del palacio; allí armaron un telar y se encerraron bajo llave. Continua-

mente se hacían entregar grandes cantidades de hilos de seda, oro y plata que según ellos, necesitaban para su trabajo y que en realidad guardaban para escapar en el momento oportuno.

El rey sentía curiosidad por ver lo que estaban haciendo, pero le asaltó un temor: ¿Y si por casualidad él no veía nada? ¿Y si no sirviera para desempeñar su oficio de emperador? Entonces envió a su primer ministro con orden de traerle, de inmediato, noticias sobre la labor de los tejedores.

El primer ministro llegó a la habitación de los dos pillos, los que lo atendieron con mucho respeto. Hicieron como que manejaban los hilos, y luego extendieron las manos sosteniendo un trozo imaginario de tejido:

—Esto no es más que una parte —dijeron—. El dibujo es más amplio. Cuando esté terminado, ya veréis qué primor.

El primer ministro no veía nada y sintió frío en la espina dorsal. ¡Cielos! Era un estúpido o no tenía condiciones para su cargo. Nunca lo confesaría.

Trató de esconder su confusión, carraspeó y luego se echó hacia atrás como para contemplar mejor lo que tenía ante sí; y entornando los ojos, se dio a elogiar la tela, afirmando que nunca había visto algo parecido. En seguida, se marchó a informar al rey, ante quien se deshizo en alabanzas:

—Tiene unos dibujos y unos colores maravillosos. ¡Algo nunca visto!

El rey se mostró satisfecho y se pavoneó en el trono; en el fondo de su alma se moría por ver la tela, pero dudaba entre contemplar con sus propios ojos lo que su ministro le ponderaba tanto y el miedo de acercarse al tejido y no verlo. Así que, poco después, y sin atreverse a ir él mismo, envió a otro funcionario.

También este gran señor fue recibido

por los pícaros con grandes muestras de respeto y llevado ante el telar. Y también él, atemorizado al no ver nada, se puso a ponderar el trabajo de los tejedores con grandes aspavientos. Dispuesto a mentir hasta morirse, se presentó ante el emperador y repitió las mismas frases de admiración que ya antes había dicho el primer ministro.

El soberano se infló de satisfacción y volvió a sentirse picado por la curiosidad. Pero no quiso demostrarlo, y asintiendo gravemente con la cabeza, le dio las gracias por el informe.

Los tejedores siguieron pidiendo más oro y más plata y más seda, y ya llevaban acumulada una fortuna. Por otra parte, los elogios de los dos altos funcionarios habían despertado la curiosidad de toda la capital, y se comentaba la belleza de la tela en todos los tonos.

Pronto se celebraría en la ciudad una gran fiesta. El soberano iba a recorrer las calles seguido de un gran séquito. Y entonces se pensó que aquélla era la oportunidad para estrenar su ropa nueva.

La víspera de la fiesta, los pillos anunciaron que la tela estaba lista para ser cortada, y que el emperador les hiciera el honor de subir a la torre a tomarse las medidas, ya que era mejor que no fueran más personas a ver el tejido antes de que Su Majestad tuviera el traje hecho.

Lleno de emoción, subió el monarca por las estrechas escaleras hasta donde estaba instalado el taller. Al entrar miró a su alrededor; no había ni rastros de los valiosos hilos, que según los pillos habían sido totalmente empleados en el tejido; pero que en cambio, tenían encerrados en los baúles con los cuales se disponían a huir.

Al momento, los tejedores hicieron como que sacaban del telar la tela y con gran cuidado la extendieron sobre la mesa. El rey arrugó el entrecejo, fijó los ojos en el aire primero y en la mesa, después. Abrió la boca para decir algo y la volvió a cerrar sin decirlo. Y así, mudo y asombrado, se dejó tomar las medidas, mirando luego cómo los dos sinvergüenzas, armados de tijeras y escuadras, cortaban las piezas del supuesto traje. Después hicieron como que las unían y con gran aparato realizaron la primera prueba.

—No puedo decir nada —pensaba desesperado el monarca—. Me echarían del trono. ¡No sirvo para ser emperador! Si no, vería esta maravillosa tela.

Entonces disimuló y se mostró muy conforme. Se volvió a un lado y a otro, se miró varias veces y para fingir hasta el fin, ponderó entusiastamente la obra y ordenó que entregaran a cada uno la condecoración más importante del reino.

A la mañana siguiente, el monarca se dispuso para la ceremonia de vestirse, a la que asistían los personajes más copetudos del reino. El traje soberbio, único, estaba ya terminado.

Los dos pícaros recibieron al emperador inclinándose hasta el suelo, y luego se dirigieron a buscar las ropas —casaca, justillo, calzas y manto—, que simularon traer sostenidas en el aire para que no se ajaran. Un murmullo de admiración escapó de la boca de los cortesanos:

—¡Qué maravilla! ¡Es precioso!

Nadie veía nada, pero según todos, sólo un traje hecho con tal tela era digno de ser vestido por tan gran monarca.

Con grandes muestras de respeto, los tejedores le fueron colocando las prendas; le hacían extender los brazos, levantar las piernas, darse vuelta. Y por fin, poniéndole el manto sobre sus hombros y extendiéndolo a lo largo del pi-

so, dieron por terminada la tarea. El emperador se miró al espejo. Ahora estaba verdaderamente asustado, porque no veía más que sus ropas interiores, pero trató de reanimarse. Arregló la corona sobre su cabeza y se mostró satisfecho.

Seguido por su séquito apareció a las puertas del palacio y subió a la carroza en medio de aclamaciones. Viva admiración lo siguió durante todo el camino:

—¡Qué traje! ¡Qué tela! ¡Qué maravilla!

Pero sucedió que entre la multitud que lo aclamaba, había un niño que, trepado sobre los hombros de su padre, vio venir el cortejo. Abrió tamaños ojos y, cuando el emperador estuvo frente a él, en su carroza descubierta, el inocente chiquillo que no temía pasar por tonto ni ser incapaz de desempeñar ningún cargo, lanzó un grito:

—¡El emperador va en calzoncillos!

Y eso fue suficiente para que el pueblo entero repitiera la frase:

—¡El emperador va en calzoncillos!

Y nadie temió decir que la famosa tela no existía.

El emperador y su séquito quedaron muy confusos. Vino a sacarlos del apuro el maestro de ceremonias que, simulando hacerlo por razones de etiqueta, dio orden de regresar al palacio. Por supuesto, como ninguno quiso admitir que el traje no existía, cuando el emperador bajó de la carroza siguieron sosteniendo la larga cola del manto. Inútil decir que los dos pillos habían puesto ya mucha distancia entre ellos y el soberano.

El "traje" se guardó ceremoniosamente en un viejo armario —diez pajes se encargaron de la tarea—, y no se volvió a hablar del asunto.

En lo más profundo del océano, se levantaba el palacio del rey del Mar. Todo de coral y ámbar. Allí vivía el rey en compañía de su madre y sus seis hijas, seis hermosas sirenitas que llenaban el palacio con sus voces musicales y sus risas. Amaban todo lo que las rodeaba y gustaban de abrir las ventanas para que entraran los peces, a los que daban de comer en la mano, tal como hacen las niñas de la tierra con las aves.

Había algo que a las princesitas les agradaba por sobre todas las cosas, y era contemplar los resplandores de luz que llegaban desde lo alto. Sobre todo, la más pequeña soñaba con ir arriba y ver la tierra y conocer a sus habitantes. Hacía ya un tiempo que tenía un secreto. Entre los restos de un naufragio, había llegado al fondo del mar una estatua de mármol, la figura de un niño de largas piernas y bello rostro al que la princesita adoraba. Solía sentarse junto a él y conversarle como si fuera un amigo. Ella sabía que así eran los seres que poblaban la tierra, y esperaba con impaciencia el momento de conocerlos.

Ése habría de llegar porque, según la costumbre de la casa real del mar, al cumplir los quince años, las sirenas princesas subían a la superficie para conocer el extraño mundo de los hombres. Faltaba aún mucho tiempo para eso, ella era muy pequeña, pero soñaba y esperaba contemplando a su bello amigo.

Cuando la mayor de las princesas cumplió quince años y realizó su viaje, volvió contando cosas maravillosas: la ciudad con sus altas torres y campanarios, carruajes, voces y músicas alegres. Todo le había parecido algo así como un sueño fantástico. Al año siguiente, llegó su turno a la segunda hermana. Ella surgió del mar al atardecer, y jamás sus ojos habían contemplado nada tan hermoso como aquella fiesta de oros y rojos en el cielo.

La tercera era una jovencita audaz y decidida. Se deslizó entre las olas del mar cuando estuvo en la superficie y se internó en un río que corría entre costas risueñas. Desde allí contempló bosques y colinas y vio una playa donde un grupo de niños se bañaba alegremente. La cuarta hermana era tímida. Subió con temor y apenas si asomó la cabeza por encima de las aguas. Pero

dijo que había visto el cielo, que parecía una inmensa campana de cristal celeste, y la superficie serena del mar, sobre la que se deslizaban embarcaciones con velas blancas como gaviotas.

Cuando subió la quinta sirena era invierno, y sobre las aguas de esmeralda flotaban grandes témpanos de hielo que brillaban como diamantes. La princesa trepó a uno de ellos y se dejó llevar.

A todas les gustó la tierra, pero no volvieron a pensar en ella, felices en su palacio de coral y ámbar. Sólo la sirenita siguió soñando con todo cuanto sus hermanas habían contado.

Por fin llegó su turno. Cuando se asomó sobre las olas, era el atardecer y vio pasar un barco iluminado. Estaban de fiesta, quemando fuegos artificiales, y a la sirenita le pareció que todas las estrellas del cielo caían sobre su cabeza. A bordo de aquel barco viajaba un príncipe. Celebraban su cumpleaños y cuando subió a cubierta para descansar, la sirenita lo vio tan hermoso que le recordó en seguida la estatua de mármol.

Nadó tras la embarcación, pero a la noche estalló una violenta tormenta. Toda la furia del mar se lanzó contra el barco hasta destrozarlo. Los tripulantes se perdieron en el océano. Ella buscó al príncipe y lo vio nadar, desesperado de cansancio, contra las altas olas; corrió en su auxilio y consiguió llevarlo, ya desvanecido, hasta la playa, donde lo tendió sobre la arena.

Amanecía ya. Cercano al lugar, y oculto entre los árboles, se levantaba un convento. Un tañido de campanas llegó desde allí, y poco después la sirena vio avanzar por el camino un grupo de muchachas vestidas de blanco. Temiendo ser vista, huyó ligera a esconderse tras las rocas, desde donde se quedó contemplando al príncipe.

Una de las jóvenes vio el cuerpo tendido en la playa y corrió hacia él, llamando a las otras. Se arrodilló junto al príncipe y le habló. Cuando el joven abrió los ojos, sonrió a la que supuso era su salvadora y levantándose rápidamente se alejó con el alegre grupo hasta el convento donde ellas vivían. La sirenita quedó sola y muy triste. Para ella no había habido ni una sonrisa ni una palabra de agradecimiento. Regresó al fondo del mar, y desde ese día vivió muy melancólica, sin cesar de hacer preguntas a su abuela acerca de los seres que habitaban en la tierra.

Un día contó a sus hermanas y a algunas amigas su aventura y su dolor. Ellas la consolaron y una de las sirenas dijo haber visto también una vez al príncipe en su palacio que se levantaba junto al mar. La sirenita quiso verlo, y algunas veces subieron juntas para contemplar desde lejos las escalinatas de mármol que las olas mojaban con su espuma. La abuela penaba al verla tan triste y un día le habló así:

—Las sirenas podemos vivir hasta trescientos años, y al morir nos transformamos en espuma que flota sobre el mar. Los hombres, en cambio, tienen alma y cuando mueren suben al cielo, a lugares que no conoceremos jamás.

La sirenita deseó entonces tener un alma, y la abuela le dijo que sólo podría conseguirla casándose con un ser de la tierra que se enamorara de ella.

—Pero ningún hombre se enamorará de ti, pequeña. Tú eres muy hermosa para el mar, pero en la tierra, tu cola de escamas parece horrorosa.

Esa noche, la princesa, silenciosamente, abandonó el palacio y se fue en busca de la bruja del mar para pedirle que transformara su larga cola de escamas en un par de piernas. Pero la bruja, curiosa, quiso saber el motivo de aquel deseo, y cuando lo supo, se echó a reír, diciendo:

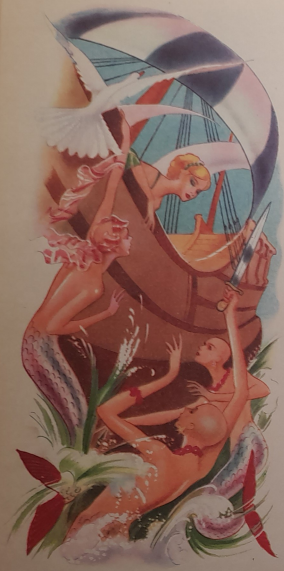
—Sí, sí, tendrás alma si conquistas el amor del príncipe; pero si él no te quiere y se casa con otra, tu corazón se partirá y te convertirás en espuma. Si insistes, te daré un brebaje, pero en cambio debes darme tu voz.

La princesa lo aceptó todo. La bruja preparó el brebaje y se lo entregó a la niña, que se alejó no sin antes entregarle su voz. Subió a la superficie, hermosa y muda. A la luz de la luna vio la escalinata de mármol del palacio del príncipe y hasta allí nadó. Se tendió en el primer escalón y bebió la mezcla. Fue tan intenso el dolor que sintió, que cayó desmayada.

Así la encontró el príncipe esa mañana, y se acercó a socorrerla. Le pareció tan encantadora aquella extraña niña solitaria y sin voz, que la llevó consigo. Desde entonces, la sirenita quedó en el palacio, nadie la igualaba en gracia y hermosura cuando bailaba, cuando cabalgaba por el bosque, cuando caminaba por el parque junto al príncipe, que le había tomado cariño y se complacía en su compañía. Él le hablaba de sus esperanzas y ella lo escuchaba en silencio.

—Sueño —le dijo él un día— con volver a encontrar a una joven que hace tiempo me salvó la vida. Estuve a punto de morir ahogado, y si no hubiera sido por ella no estaría yo aquí ahora.

Sus padres querían que se casara, pero él se había negado siempre en espera de hallar a su linda salvadora. Sin embargo, ya no podía demorar más su



boda y había consentido. Pronto llegaría la princesa de un país vecino con la cual debía unirse en matrimonio. El día de su arribo, la sirenita y el príncipe salieron a su encuentro. ¡Cuán feliz se sintió el joven! Porque la novia no era otra que la hermosa joven del convento.

La fastuosa boda se celebró poco después, y terminada la fiesta, los novios partieron en una gallarda nave que, a toda vela, se internó en el mar. La sirenita iba también a bordo. Ardientes lágrimas corrían por sus mejillas, porque sabía que su sueño terminaba allí. Al día siguiente estaría convertida en espuma.

De pronto sintió que la llamaban y vio asomar a sus hermanas, hermosas como siempre, pero sin sus largas cabelleras.

—Se las entregamos a la bruja del mar —explicaron—, a cambio de poder venir a ayudarte. Nos ha dado este puñal. Clávalo en el corazón del príncipe; entonces cuando él muera, volverás a tener tu cola de sirena y bajarás con nosotras al fondo del mar.

Tras esto, desaparecieron. La sirenita corrió la roja cortina de terciopelo que cerraba el lecho del príncipe y lo contempló dormido. Lo besó en la frente, y luego retrocedió hasta la borda, desde donde tiró el cuchillo al mar. Y mirando por última vez el sol naciente, se arrojó también, sintiendo que se deshacía en espuma. Pero vivía aún, y de pronto se vio rodeada por un grupo de bellas jóvenes, transparentes como gasas, que le tendían los brazos. Eran las hijas del aire, que compadecidas por todo cuanto había penado la sirenita por lograr un alma, venían en su ayuda. Ellas podían conseguir un alma al cabo de trescientos años de hacer al bien con amor y alegría.

—Y cuando encontramos un niño bueno y sonreímos, nos descuentan un año, pero por cada niño malo que nos apena, nos aumentan uno —añadieron.

Y la sirenita se perdió en el aire con las jóvenes, en busca de su alma.

LA PRINCESA Y EL GARBANZO

HACE muchos años, un joven y gallardo príncipe decidió casarse. Su pueblo deseaba que lo hiciera porque el rey era ya viejo y el príncipe debía tomar una esposa que le diera herederos.

Comenzó entonces la búsqueda de una princesa de tan noble señor.

Había muchas, y el príncipe recorrió el mundo entero; pero no acababa de encontrar lo que quería. Porque siempre tenía sus dudas, y no estaba muy seguro de que aquellas hermosas jóvenes que le presentaban fueran verdaderas princesas, así como él era un príncipe verdadero, de vieja estirpe.

De manera que regresó a su país, muy triste, sin haber encontrado la auténtica princesa con la que quería casarse.

Contó el viaje a sus padres, y allí quedaron los tres muy cabizbajos en la gran sala dorada y silenciosa, porque los cortesanos, mudos, se habían quedado cariacontecidos en los rincones.

El rey se acariciaba la barba, pensativo, la reina contemplaba el techo, cavilosa, y el príncipe se paseaba tristemente mirando llover. Porque aquella tarde se había desencadenado una espantosa tormenta, tronaba y relampagueaba, el viento sacudía las copas de los árboles y en los cristales tamborileaba la lluvia.

Estaba tan triste la sala en la penumbra, que los cortesanos y los criados se fueron a dormir.

Y en ese momento... en ese momento, "¡toc, toc!", llamaron a la puerta del palacio.

El rey se levantó lentamente y fue a abrir. ¿Y qué encontró el anciano monarca? Pues nada menos que una pobre princesa, calada por la lluvia y aterida de frío, que le pedía albergue.

Estaba empapada, el agua le chorreaba por los cabellos, se le metía por el borde de los zapatos y le salía por los altos tacones.

Su aspecto era lamentable, pero ella aseguraba que era una princesa.

—Yo me encargaré de averiguar si eso es verdad —se dijo la reina.

Sonrió a la joven, la atendió con mucha amabilidad, y le ofreció ropa para cambiarse.

Después, le hizo servir una taza de té bien caliente junto a la chimenea. Y mientras la niña conversaba con el anciano rey y con el joven príncipe, la reina dijo que iba a ocuparse de arreglarle un dormitorio.

Con mucha astucia, preparó la cama. Puso sobre el elástico un garbanzo y luego colocó encima veinte colchones mullidos y veinte edredones bien acolchados. Así dispuesta la cama, la reina volvió a la sala, donde su bonita huésped, ya repuesta de su remojón, tenía encantados con su gracia y simpatía, al rey y al príncipe.

Como estaba muy cansada, manifestó deseos de retirarse a dormir.

La princesa saludó dando las buenas noches, y el rey, la reina y el príncipe charlaron durante un rato. Al rey le parecía encantadora su visitante, y el príncipe estaba ya casi enamorado de ella, pero los dos temían que no fuera una princesa verdadera.

La reina sonreía.

Al día siguiente, cuando llegó la hora del desayuno, volvieron a reunirse todos en el comedor. El rey estaba mojando una sabrosa medialuna en su café cuando entró la joven, con aspecto fatigado.

—No parece que hayáis descansado —dijo el monarca—. ¿Cómo pasasteis la noche?

—¡Oh, muy mal! —respondió ella, frotándose la cintura—. No he podido dormir. Algo había en la cama que me ha molestado mucho. Algo tan duro, que estoy llena de moretones. ¡Espantoso!

La reina, alborozada, se levantó para abrazarla: sólo una verdadera princesa podía ser tan refinada como para sentir un garbanzo a través de veinte colchones y veinte edredones.

Cuando el príncipe supo el secreto, se sintió muy feliz y la tomó por esposa.

La boda se celebró con gran pompa y el garbanzo fue a parar a la vitrina del museo, donde todavía hoy lo pueden ver los visitantes.

Y si ésta no es una verdadera historia de una verdadera princesa, que venga otro a contar alguna.

EL SOLDADITO DE PLOMO

VEINTICINCO soldaditos de plomo, todos hermanos, nacidos de la misma cuchara de plomo, estaban guardados en la gran caja de cartón. Llevaban su fusil al hombro y lucían el más vistoso uniforme azul y rojo que pueda imaginarse. Alguien levantó la tapa de la caja, y se oyeron voces de niños, especialmente la de uno que gritó, alborozado:

—¡Soldados, soldados!

Todos eran iguales, pero había uno que se diferenciaba de los demás, porque tenía una sola pierna. Lo habían fabricado el último y no alcanzó el material para terminarlo. Pero él se mantenía tan firme sobre su única pierna, como los demás sobre las dos. Y, aunque no lo sabía, estaba destinado a hacerse famoso.

En la mesa donde los habían colocado había otros juguetes. El que más llamaba la atención era un espléndido castillo de cartón, rodeado de arbolitos, con un gran espejo que simulaba un lago, donde nadaban graciosos cisnes de cera. Pero lo más encantador de aquel castillo era una preciosa jovencita que estaba en la puerta. También ella era de cartón; lucía un ligero vestido de tul celeste, con un lazo azul sobre los hombros, sujeto con un broche de lentejuelas. La muñequita era una bailarina; tenía los brazos extendidos, y en su paso de baile levantaba tan alto una de sus piernas, que el soldadito llegó a creer que, como él, había nacido también con una sola.

—Es la esposa ideal para mí —pensó—. Pero no sé si podré realizar mi sueño. Ella es un personaje... vive en un castillo, mientras que yo apenas tengo como habitación la caja de cartón que comparto con mis veinticuatro hermanos. De cualquier manera, me animaré. Tengo que hablarle.

Decidido a hacerlo, se escondió tras una caja de tabaco desde donde podía ver muy bien a la damita. Ella, altanera y coqueta, no había notado siquiera la presencia del soldadito de brillante uniforme.

Ya bien tarde, cuando todos en la casa se fueron a dormir y las habitaciones quedaron silenciosas y envueltas en sombra, los juguetes quedaron en libertad. Era la hora que les pertenecía. Charlaban, jugaban, se visitaban entre ellos. Los soldaditos se pusieron a conversar animadamente en la caja, porque no podían levantar la tapa, mientras los cascanueces daban saltos mortales a gran

altura y el lápiz dibujaba tonterías en un papel. Hasta el canario se unió a la algarabía, pero él sólo decía poemas. Los únicos que se quedaron quietos fueron el soldado y la bailarina. Sobre la medianoche, cuando el reloj dio las doce, ¡pum!, saltó la tapa de la tabaquera, y entonces se vio que adentro no había tabaco, sino un muñeco negro, un feo monigote de sorpresa.

—Soldadito —dijo con gran enojo—. ¡Ten mucho cuidado con mirar a esa dama! ¡Te arrepentirás si pones los ojos en ella!

El soldadito ni lo escuchaba, sólo miraba a su damita. Pero el muñeco siguió murmurando, amenazador:

—Ahora no me es posible, pero... ¡Ya verás mañana la que te espera! No dirás luego que no te previne.

Cuando al día siguiente, aparecieron los niños, todo estaba tranquilo y quieto, pero uno de ellos vio al soldadito fuera de la caja y exclamó:

—¡Vaya! El soldadito sin pierna quedó sin guardar. De cualquier manera por hoy lo dejaré descansar. Debe haber pasado mala noche...

Y diciendo esto, tomó al soldado y no se le ocurrió otra cosa que ponerlo en el marco de la ventana. Pero de pronto, la ventana se abrió de golpe y el soldadito cayó a la calle desde el tercer piso. Fue una caída terrible. Se hundió de cabeza, con su pierna al aire, entre dos adoquines.

La mucama de la casa, que bajó en seguida, no pudo hallarlo por mucho que lo buscó, ni tampoco el niño que fue tras ella. El soldadito los vio y hubiera querido llamarlos, pero no le pareció digno de un soldado pedir ayuda y se propuso salir solo de aquella situación. Poco después empezó a llover; la lluvia, suave al principio, se transformó en un chaparrón y el chaparrón en diluvio. El agua rodeaba por todas partes al soldadito y temió ahogarse en medio de aquella terrible inundación, aunque por suerte los dos adoquines, un poco inclinados, lo protegían.

Cuando cesó el chubasco, dos chicos aparecieron en el extremo de la calle y se acercaron conversando animadamente; al momento, uno de ellos, señalando con la mano hacia el suelo, exclamó:

—¡Mira! Si no me equivoco, eso que asoma ahí, entre los adoquines de la calle, es un soldadito de plomo. Vamos a hacerlo navegar.

Hicieron un botecito de papel, metieron dentro al soldado y lo pusieron en la zanja. Durante un rato corrieron tras él, siguiéndolo en su navegación mientras gritaban y lo aplaudían cada vez que la frágil embarcación escapaba a un peligro. No tardaron en cansarse, y al cabo de un rato lo dejaron abandonado a su suerte.

El viaje fue horrible para el soldadito. El agua hacía remolinos, el barco de papel bailaba dando vueltas y tumbos, pero él permaneció tieso, sin que se le moviera un músculo, con su fusil al hombro. El bote se metió en un túnel y la oscuridad lo envolvió.

—¿Adónde iré ahora? —se dijo—. ¡Ah, mi linda bailarina! Ya no volveré a verla nunca más... ¿Qué pensará ella de mi ausencia? Debe haber notado que no estoy, y posiblemente estará triste...

En ese momento apareció una rata de agua que vivía en el túnel.

—Enséñame tu pasaje —le dijo, autoritaria—. ¡A verlo!

El soldadito, aferrado a su fusil, no le contestó. La rata echó a correr tras el barquito que el agua se llevaba. Fue una suerte que en aquel instante la corriente de agua, a impulsos del viento que se colaba en el túnel, se hiciera más violenta; el soldadito se alejó en su bote,

hasta que alcanzó a ver la luz del día al final del túnel. Cuando perdió de vista a la rata se sintió más tranquilo, pero no pasó mucho tiempo antes de que un sordo ruido de agua lo llenara de terror; ahora comprendía cuál era el fin que lo esperaba a la salida del negro túnel que había recorrido en su bote de papel: la corriente desembocaba en el canal y el barquito corría como arrastrado por

El bote de papel se ablandaba cada vez más, se deshizo al fin y el soldadito se hundió, pero no alcanzó a tocar fondo. Dentro del agua fue devorado por un pez.

¡Ah, qué oscuridad allí dentro! Era mucho más estrecho que el túnel y más incómodo, pero el soldadito, valiente como siempre, permaneció sereno, abrazado a su fusil. Pasó un tiempo y de

un rápido. El bote cayó por fin por aquella especie de catarata, dio tres o cuatro vueltas, y comenzó a hundirse. Entonces el pobre soldadito pensó en la linda muñequita danzarina. Ya no la vería nunca más, nunca más. Le pareció por un momento que ella estaba a su lado para despedirlo, diciéndole: "¡Adiós, valiente soldadito de plomo! ¡Sabes morir como un héroe!"

pronto sintió que el pez se agitaba furiosamente. Después, y por mucho rato, se quedó completamente quieto. Hasta que por fin, algo brillante como la luz de un relámpago lo atravesó, y el soldado vio otra vez la luz del día, mientras oyó que alguien exclamaba:

—¡Oh, un soldadito de plomo! ¡Qué contentos se pondrán los niños!

¿Qué había sucedido? Pues que el

pez había sido pescado, vendido en el mercado y llevado a la cocina de una casa, donde la cocinera lo abrió con un largo cuchillo. La buena mujer corrió a la pieza de los juguetes para sorprender a los chicos con su hallazgo.

—¡Miren! —gritó, enseñándoles el soldadito—. ¡Miren lo que acabo de encontrar dentro de un pescado!

Todos quisieron verlo, admirar de cerca a aquel hombrecito maravilloso que había viajado dentro de un pez. Lo pusieron sobre la mesa y el soldadito se encontró, erguido sobre su única pierna, en el mismo cuarto donde viviera antes. Allí estaban los niños, los juguetes de siempre y, ¡qué alegría!, el hermoso castillo de cartón con su lago y los cisnes, y la muñequita vestida de tul en la puerta, apenas sostenida sobre la punta del pie.

Tanta fue la emoción que sintió el soldadito, que casi se le escapa una lágrima. Pero eso hubiera sido indigno de él, y ahogando un suspiro, se quedó mirándola sin decir nada. En ese momento sucedió algo horrible e inesperado: uno de los chicos, sin duda por indicación del feo muñeco negro, tomó al soldadito y sin decir palabra, lo arrojó a la chimenea. Él volvió los ojos suplicantes hacia la bailarina, como despidiéndose, pero ella, indiferente y distraída, apenas si lo miró.

El soldadito sintió que empezaba a derretirse, pero se mantuvo erguido, sosteniendo bravamente su fusil sobre el hombro. Algo extraño sucedió entonces: la puerta del cuarto se abrió de golpe y una violenta corriente de aire, arrebatando a la muñequita, la arrojó al fuego, donde cayó junto al soldado. Su lindo vestido de tul celeste, su cuerpecito de cartón, ardieron en pocos segundos. En cuanto al valeroso soldado no pasó mucho tiempo antes de que fuera nada más que un montoncito de metal derretido.

Pero cuando al día siguiente, la mucama limpió las cenizas de la chimenea, halló que el plomo de que estaba hecho el soldadito había tomado la forma de un corazón, al enfriarse. En cambio, todo lo que quedaba de la elegante bailarina, tan altanera y coqueta, era su broche de lentejuelas, tan negro, tan quemado, que parecía un pedazo de carbón.

EL ESCARABAJO

UN pequeño escarabajo vivía en las cuadras del palacio imperial. Un día le pusieron herraduras de oro al caballo del Emperador.

Era un animal hermoso, de rubias crines y ojos inteligentes, que había prestado grandes servicios a Su Majestad, y así se le premiaba.

Cuando los herreros terminaron con el caballo, se adelantó el escarabajo extendiendo sus patitas para que le pusieran también zapatitos de oro.

Los herreros se echaron a reír, se burlaron de él, y el escarabajo, ofendido, decidió marcharse para siempre. Abrió las alas y huyó por la ventana.

Poco después cayó en un bonito jardín. Una "vaquita de San Antonio" lo saludó, diciéndole que lo felicitaba por haber llegado a tan hermoso lugar.

—¡Bah, bah! No sabes lo que dices —le contestó, despreciativo, el escarabajo—. Ni siquiera hay un estercolero por aquí.

Poco después halló a una oruga que trepaba por el tallo de un alelí perfumado. La oruga era feliz: el sol calentaba y ella se disponía a dormir un largo sueño para despertar luego convertida en mariposa.

El escarabajo la miró indignado. ¡Jamás volaría aquel gusano! Ni siquiera al caballo del Emperador, que tenía herraduras de oro, se le hubiera ocurrido que iba a poder volar como una mariposa o como un escarabajo.

Sintió tanto fastidio, que se alejó volando hasta un gran espacio de césped verde y se echó a dormir.

Un chaparrón repentino lo despertó. Llovía tan fuerte que no podía ni mover las alas y se estuvo muy quieto hasta que amainó el aguacero. Se limpió las gotas que le caían por los ojos y, viendo cerca una gran sábana blanca que la lavandera había extendido sobre el pasto, se guareció con rapidez bajo uno de sus pliegues.

Allí pasó la noche, muerto de frío, bajo la humedad. Al llegar el día, se presentaron dos ranas que reían alegremente.

—Este tiempo es precioso —decían—. ¡Hermosa agua, encantadora humedad!

—Les parece así porque no conocen las cuadras del palacio del Emperador —apuntó, envanecido, el escarabajo—. Allí la humedad es tibia y olorosa, y yo estoy acostumbrado a las cosas buenas. ¿No habrá por aquí algún estercolero para gentes de mi categoría?

Las ranas ni siquiera le contestaron. Muy ofendido por tanta descortesía, el escarabajo se alejó.

Poco más allá encontró un fondo de maceta roto, bajo el cual vivían varias tijeretas.

Las madres charlaban animadamente y el tema eran sus hijos. Estaban muy orgullosas de su prole y dos de ellas disputaban sobre los méritos de sus pequeños. Terminaron por pedir su opinión al escarabajo, que muy astutamente, les dio la razón a las dos, con lo cual conquistó a las señoras que le invitaron a quedarse. Ellas siguieron ponderando a sus hijos, muy entretenidas, mientras éstos pellizcaban al huésped con sus largas pinzas.

El escarabajo se molestó y cuando hubo averiguado que al otro lado de la zanja que desde allí se veía había un estercolero, se marchó con aire digno.

Afortunadamente para él, en la zanja halló a otros escarabajos.

—Quédate con nosotros —le dijeron muy amables—. Debes estar fatigado de tanto viajar.

—Sí —les contestó—. Además, pasé una noche bajo una sábana húmeda y me he pescado un reuma en el ala derecha. Después fui a parar entre gentes ordinarias. ¡Horrible!

Le preguntaron si venía del estercolero y él se irguió. ¡Oh! Venía de mucho más lejos, de las cuadras del palacio del Emperador, donde había nacido con herraduras de oro, y ahora viajaba en misión secreta por razones de estado.

Feliz de haber podido deslumbrar a aquellos pobres escarabajos que vivían en el barro, se despidió de ellos y siguió su camino, cruzando la zanja sobre una hoja de repollo.

Dos caballeros lo vieron desde la orilla, brillando al sol sobre su hoja. Lo tomaron, le dieron mil vueltas, lo llamaron con unos terribles latinajos, y después dijeron que no valía la pena llevarse ese ejemplar para su colección de insectos.

El escarabajo, muy disgustado, abrió las alas y huyó, hasta que fue a parar a un invernadero.

Cansado, se echó a dormir y soñó que estaba en las cuadras del palacio del Emperador, que le quitaban las herraduras de oro al caballo y que se las ponían a él.

Lo sacó de tan grato sueño el hijo del jardinero, que entró con un amiguito al invernadero y se apoderó del escarabajo. Muy divertidos, los dos niños lo metieron en un viejo zueco en el que plantaron una ramita a manera de mástil, ataron al escarabajo a la rama y lo echaron a navegar.

El pobre bicho estaba aterrorizado por los tumbos que daba su nave, pero no podía huir, atado como estaba.

Una mosca pasó zumbando y lo felicitó por tan grato viaje.

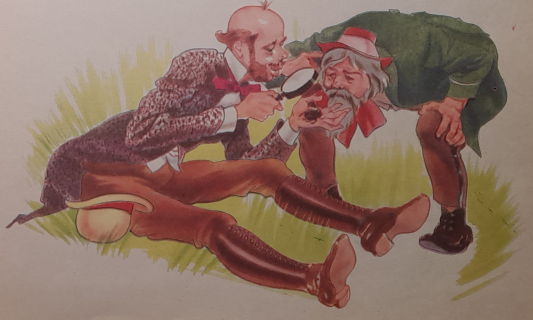
—El mundo está lleno de gente ordinaria —se dijo el escarabajo—. Tras que no me han puesto herraduras de oro, tengo que soportar las burlas de los bribones. Moriré sin que nadie reconozca mis méritos.

En eso pasaron dos niñas en un bote y compadecidas del desdichado insecto, cortaron el hilo que lo sujetaba y lo dejaron en libertad.

—¡Vuela, escarabajo, vuela! —le cantaron a manera de despedida, mientras se alejaban.

No hubo que decírselo dos veces. Echó a volar y hallando en el camino una ventana abierta, entró por ella para caer sobre las crines del caballo del Emperador.

—¡Ah! —reflexionó entonces el vanidoso escarabajo—. Ahora sé por qué le pusieron herraduras de oro. ¡Para que yo lo montara! Mirándolo bien, el mundo es hermoso y los méritos son reconocidos. Ahora podré contar a mis parientes mis aventuras de viaje y les diré que no me iré de aquí hasta que las herraduras de oro del caballo del Emperador se hayan gastado.



EL ABETO

UN pequeño abeto, muy bonito, crecía en medio del bosque entre otros muchos más altos que él.

El abeto soñaba con llegar a ser tan grande como ellos, y no atendía a otra cosa que a tratar de estirarse. Ni siquiera hacía caso de los niños que venían al bosque a recoger frutas silvestres y correteaban entre los árboles. Y cuando se sentaban junto a él y le decían cariñosamente:

—¡Qué chiquito y qué lindo es este abeto!

El arbolito se ponía de un humor insufrible.

—¿Por qué no seré yo tan alto como los otros? —suspiraba luego.

Sólo en eso pensaba, sin importarle la belleza del sol, ni de los pájaros, ni de las nubes.

Y en el invierno, cuando la nieve lo cubría todo y alguna liebre en rápida carrera atravesaba el bosque, saltando por encima del arbolito, el pequeño abeto se enojaba de veras.

Pasó el tiempo y nuestro abeto fue creciendo, cada año más. Eso lo hizo feliz y muy pronto advirtió que las liebres no podían saltarlo.

En otoño, cuando aparecían los leñadores para cortar los árboles más altos, el abeto se estremecía, temiendo que llegara su turno. Veía cómo caían al suelo y luego les cortaban las ramas, para cargar después los troncos en grandes carros donde se los llevaban.

¿Adónde? Nadie lo sabía, aunque una vez, al llegar la primavera, el pequeño abeto se lo preguntó a una cigüeña, que con aire pensativo, le respondió:

—Me parece que lo sé. Cuando venía de Egipto, me crucé con algunos barcos de altos mástiles. Olían a abeto. ¡Y qué aire tan altivo tenían!

Entonces el abeto deseó conocer el mar. Y aunque el sol lo acariciaba y el viento lo besaba con cariño y el rocío dejaba caer su frescura sobre él, el abeto sólo soñaba con cruzar el mar y alejarse del bosque.

Cuando se aproximaba la Navidad, los leñadores cortaban los árboles más jóvenes y no les quitaban las ramas para llevárselos en los carros.

—¿Y éstos? —preguntaba entonces el abeto—. ¿Adónde irán?

—¡Nosotros lo sabemos! —piaron alegremente los gorriones—. Porque los hemos visto en la ciudad, cuando espiamos por los vidrios de las ventanas. Fíjate que los ponen en medio de las salas y los llenan de adornos: globos dorados, estrellas relucientes, cintas de plata, velas de colores, juguetes, golosinas...

—¿Y luego?

—¡Ah, luego hemos seguido viaje y ya no sabemos nada!

Y el pequeño abeto deseó entonces que llegara la Navidad y lo llevaran a él a la ciudad.

Nada le importaba lo que le dijeran el sol y el viento que jugaban con sus ramas.

Cuando llegó la siguiente Navidad, fue el primero que cortaron. Sintió un poco de pena alejarse del bosque y se despidió de sus compañeros con tristeza, pero anhelaba partir.

Lo descargaron en un patio.

Un hombre elogió su hermosura y se lo llevó consigo, ayudado por varios criados vestidos de gala, hasta una gran sala, lujosamente amueblada, donde el fuego crepitaba en la chimenea.

Lo plantaron dentro de una caja llena de arena y lo pusieron en medio de la habitación.

Después... Después lo rodearon algunas jóvenes que comenzaron a colgar preciosos adornos de sus ramas, y lo llenaron de guirnaldas de colores, y de globos brillantes, y de velitas azules y rojas y blancas, mientras murmuraban con arrobamiento:

—¡Ah! ¡Esta noche estará precioso!

El abeto deseó vivamente que llegara la noche.

Por fin llegó, y el árbol resplandeció de luces.

Abrieron las puertas de la sala y un grupo de niños entró corriendo, y bailaron todos alrededor del hermoso arbolito, al que, poco a poco, fueron quitando los adornos, que eran sus regalos.

Las velas se consumieron y apagaron. El árbol quedó casi desnudo y los ni-

ños, entretenidos con sus juguetes, ni lo miraban. Hasta que al fin, cansados, se sentaron alrededor de un anciano, pidiéndole que les contara cuentos. Y el viejo de barba blanca contó el cuento de Klumpe-Dumpe, que se cayó por las escaleras y se casó con una princesa, mientras el abeto, silencioso y pensativo, seguía olvidado de todos.

—Pero mañana... —se dijo—. Mañana volverán a llenarme de adornos y seré feliz.

Pero los hombres lo sacaron de la sala y lo llevaron, escaleras arriba, hasta un oscuro desván.

Allí vinieron los ratoncitos a conversar con él, llamándole "viejo abeto", y fue inútil que insistiera en que era muy joven todavía. Les habló de los hermosos tiempos en que el sol y el viento jugaban con sus ramas, y de la maravillosa Nochebuena de su esplendor, y al contarlo, él mismo se convenció de que la buena época volvería.

Pero los ratoncitos se aburrieron de oírle contar siempre lo mismo y lo dejaron solo. Pasó mucho tiempo y un día, inesperadamente, un criado volvió a sacarlo al patio.

El jardín cercano resplandecía al sol, lleno de flores, pero él quedó allí tendido en un rincón, sin compartir aquella alegría, porque sus ramas estaban secas y amarillas.

Vio a los niños y creyó que volvería a vivir aquellos instantes maravillosos; mas los niños se rieron del viejo y feo abeto, y uno de ellos arrancó de su extremo la ajada estrella de plata que todavía conservaba.

Nuestro pobre abeto terminó a manos del hacha y sus pedazos ardieron luego en la chimenea. Y cuando crepitaba, soñaba con los veranos del bosque y con una noche de invierno en que él lució como una joya en el salón.

Así murió, mientras los niños, afuera, arrojaban al aire los pedazos de la estrella de plata. La misma estrella de aquella noche de fiesta, que ya había pasado, como pasó el abeto y como también pasó este cuento.

EL PORQUERIZO

HABIA una vez un príncipe muy pobre. No tenía dinero suficiente para ser príncipe, pero sí para mantener a una esposa, y quiso casarse. Y no se le ocurrió otra cosa que elegir a la hija del emperador. Para conquistarla, le envió dos regalos que le parecieron maravillosos: una rosa que florecía en su jardín cada cinco años solamente, pero tan fragante que quien aspiraba su perfume olvidaba todas sus penas; y un ruiseñor que cantaba melodías angelicales. El emperador hizo que llevaran las dos cajas de plata con los regalos a la princesa, que en ese momento jugaba con sus damas a "las visitas".

—¡Qué linda caja! —dijo la princesa—. Quisiera que adentro hubiera un gatito. ¡Oh, no, es una rosa preciosa!

Todos hicieron grandes elogios, pero de pronto la princesa se echó a llorar.

—¡Qué pena! —exclamó—. No es artificial, sino natural.

—Pues veamos la otra caja —dijo el emperador, para consolarla.

Sacaron al ruiseñor y el ave se puso a cantar maravillosamente. Pero cuando las damas comenzaron a elogiarlo, dijo un anciano caballero de la corte:

—Me hace acordar... ¡Sí, ya sé! Canta la canción que tenía la caja de música de la difunta emperatriz.

—Sí, sí —murmuró el emperador. Y se puso a llorar.

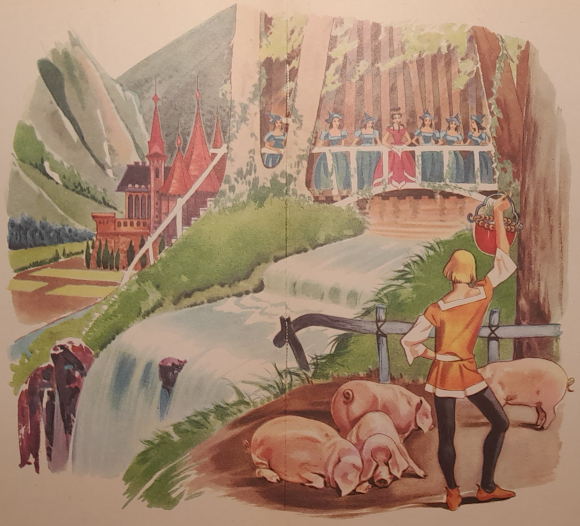
Entonces la princesa, viendo que era un pájaro de verdad, dio orden de que lo soltaran en el parque y se negó a recibir al príncipe. El joven, sin embargo, no se dio por vencido. Con la cara pintada de negro, se presentó en el palacio. Llamó a la puerta y cuando el emperador le abrió, le pidió trabajo.

—Bueno, puedes cuidar los cerdos, porque hay muchos —consintió el soberano.

El príncipe se convirtió en porquerizo del emperador. Le dieron una pieza en el corral de los cerdos y allí trabajó todo el día, haciendo una olla rodeada de cascabeles que se agitaban cantando "Mi querido Agustín". Pero aquella olla tenía todavía algo mejor: si uno ponía el dedo en el vapor que de ella salía, por el olor podía saber lo que se estaba cocinando en todas las cocinas de la ciudad. La princesa pasó por allí en momentos en que los cascabeles sonaban alegremente, y se puso muy contenta, porque "Mi querido Agustín" era lo único que ella sabía tocar (con un solo dedo) en el piano.

—¡Mi canción, mi canción! —gritó—. Quiero comprar esa olla. Ahora mismo, inmediatamente.

Envió a una de sus damas a preguntar por el precio al porquerizo. Éste contestó que valía diez besos de la princesa. La dama regresó escandalizada y no se atrevía a repetir la respuesta. Por fin se lo dijo al oído a la princesa quien, muy ofendida por la grosería, siguió su camino. Pero volvió a oír la melodía y se detuvo. ¿Aceptaría diez besos de sus damas? El porquerizo contestó que no y repitió su precio anterior. La princesa deseaba tanto poseer aquella olla, que haciendo un gesto de fastidio aceptó el precio y ordenó a sus damas que la rodearan para que nadie viera cuando el porquerizo la besaba.



Loca de contento volvió al palacio con la olla y se divirtió enormemente con ella. Ahora sabía lo que comía el primer ministro y el último remendón de la ciudad, y la joven y sus damas saltaban de alegría. Pero poco después, al pasar otra vez frente a donde vivía el porquerizo, se halló con un nuevo y sorprendente invento, porque el joven era ingenioso al extremo.

Ahora tenía una carraca que tocaba todos los valses más conocidos. La princesa preguntó el precio.

—Cien besos de la princesa —respondió el porquerizo a la dama que le envió.

—¡Oh! —dijo la princesa—. Dile que le doy diez y los otros noventa se los darán mis damas.

Las damas fruncieron la nariz, pero tuvieron que admitirlo. Sin embargo, el porquerizo no aceptó: cien besos de la princesa o nada.

La princesa se resignó y ordenó otra vez a sus damas que la rodearan para ocultarla.

Pero en ese momento el emperador se había asomado al balcón y le asombró oír mucha algarabía por el lado del chiquero. Quiso ver qué sucedía y echó a correr, aunque tuvo que detenerse para sujetarse las pantuflas que, como estaban un poco viejas, se le salían del pie.

Las damas, muy entretenidas contando los besos, no lo sintieron llegar.

El emperador, en puntas de pie, se asomó por encima de la rueda que formaban. Cuando vio lo que pasaba (el porquerizo estaba dando a la princesa el beso ochenta y seis) , lanzó una exclamación, se quitó una zapatilla y dio con ella a la princesa en la cabeza.

Y después los echó a todos del reino.

Llovía a cántaros y la princesa lloraba a mares por el camino, seguida del porquerizo.

Ahora lamentaba ella no haberse casado con el príncipe pobre que le había enviado la rosa natural y el melodioso ruiseñor. Pero su acompañante se ocultó tras un árbol, y se limpió el tizne negro. Después, se puso sus ropas de caballero. Cuando volvió a presentarse, tan hermoso y elegante, la princesa no pudo creer lo que veía.

—No me aceptaste como príncipe y despreciaste mis regalos —dijo el joven—. En cambio besaste a un porquerizo por un capricho tonto. ¡Ya ves lo que te pasa!

Y entrando en su castillo, le dio con la puerta en las narices, mientras la princesa se puso a cantar la única canción que sabía tocar al piano con un solo dedo: "Mi querido Agustín".

JUAN EL BOBO

UN caballero anciano que poseía grandes riquezas, vivía en una hermosa casa de campo con tres hijos. Los dos mayores eran muy listos y muy vanidosos, en tanto el más pequeño, llamado Juan, era considerado como un tonto y nadie lo tenía en cuenta.

Un día se supo que la princesa del país había hecho pregonar que se casaría con aquel de sus pretendientes que fuera capaz de entretenerla con sus respuestas ingeniosas. Los dos hermanos mayores, seguros de su talento, se dispusieron a participar en la prueba. El primero de ellos estaba muy orgulloso porque sabía de memoria toda la enciclopedia latina, y el otro no cabía en sí de satisfacción porque podía recitar el código, párrafo por párrafo, lo mismo del principio al final que del final al principio.

—La princesa se casará conmigo —dijeron los dos a su padre.

El anciano caballero entregó a cada uno de ellos un hermoso caballo: al mayor, uno negro como el azabache, al segundo, uno blanco como la nieve. Salió a la puerta de su mansión a despedirlos y todos los criados se pusieron en fila para decirles adiós y desearles buena suerte.

Ya estaban a punto de partir cuando apareció Juan, el menor.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Qué elegantes! ¿Adónde van con la ropa dominguera?

—Vamos a la ciudad, a conquistar a la princesa. Ella va a elegir a aquel más ingenioso para responder a sus preguntas y se casará con él.

—¡Ah! Pues yo también quiero ir. Padre, necesito un caballo, como le has dado a mis hermanos. Tengo que presentarme en el palacio para ganar a la princesa.

Los dos hermanos se echaron a reír.

—¡Cómo se te ocurre, hijo! —exclamó el caballero—. Tus hermanos pueden competir en la prueba porque son muy instruidos, pero tú no sabes nada.

Mas el muchacho no retrocedió. Él quería ir a palacio de cualquier manera. Si no le daban un caballo... pues, si no le daban un caballo, iría montado en la cabra que era suya y con la que siempre salía al campo. Sí, señor. Y dicho y hecho, se trepó sobre la cabra y empezó a alentarla para que trotara, cosa que la cabra hizo con mucho gusto.

Así, al trote y cantando a voz en cuello, inició Juan el Bobo su camino a la ciudad. Sus hermanos, en cambio, hacían el viaje en silencio y sin prisa, sumidos en sus meditaciones y tratando de recordar todo cuanto habían aprendido de memoria para poder recitarlo llegado el momento. No tardó Juan en unírseles y pasarlos, caballero andante sobre su cabra. ¡Había que ver la figura que hacía!

—¡Hola! —gritó de pronto—. ¡Miren lo que encontré! ¡Esto sí que es bueno!

Y alzaba como precioso trofeo un pájaro muerto hallado en el camino.

—¡Tonto, retonto! —dijo uno de los hermanos—. ¿Para qué te servirá?

—Pues, ¡vaya! Para regalárselo a la princesa.

Los hermanos se echaron a reir. Aquel pobre Juan no tenía remedio. El hermano menor quedó ahora atrás, pero no había pasado mucho rato, cuando lo oyeron gritar:

—¡Miren! ¡Vaya si tengo suerte!

—Pero... ¡si no es más que un viejo zueco! ¿Qué piensas hacer con esto? —preguntaron los muchachos entre risas.

—Me parece que es otro lindo regalo para la princesa —respondió Juan.

Los hermanos siguieron su camino, adelantándose otra vez. No tardaron en detenerse al oír gritar al pequeño.

—¿Con qué vendrá ahora? —se preguntaron—. Veamos...

—¡Miren qué maravilla traigo conmigo! Cada vez mejor. ¡Ah, ah!

Y al decir esto, mostraba en su mano un puñado de arena barrosa que dejaba resbalar dentro de su bolsillo.

—Pero... ¿Cómo vas a darle eso? ¡Si parece barro!

—¡Ah, es hermosa, hermosa! —y se llenó los dos bolsillos.

Ya cansados, los dos hermanos dieron espuelas a sus caballos y partieron al galope, de manera que muy pronto perdieron de vista a Juan el Bobo. Cuando llegaron a las puertas de la ciudad, hallaron un grupo de gente reunida ante ellas. Eran los pretendientes, a los que los guardias numeraban por orden de llegada, para luego hacerlos en-

trar en el palacio. Eran tantos, que casi no podían moverse de tan apretados...

Los habitantes de la ciudad miraban desde las ventanas y hacían apuestas por los candidatos. Y los que vivían cerca del palacio, se encaramaban en las balaustradas de las terrazas para ver cómo los recibía la princesa. Entraba uno y volvía a salir casi en seguida.

—¡No sirve! —había dicho la princesa.

Y los guardias repetían: "¡No sirve, no sirve!" hasta que el hombre volvía a atravesar la puerta.

Ya habían entrado y salido muchos y los curiosos se impacientaban. Nadie sabía qué era lo que pasaba. Lo cierto es que los pobres caballeros, en cuanto se hallaban en presencia de la hermosa joven, sentían un nudo en la garganta y no podían hablar. De nada les servía el ser ingeniosos. Por fin llegó el turno al mayor de nuestros hermanos, aquel que se sabía de memoria la enciclopedia latina. Cuando entró en la sala, vio que el techo era un gran espejo, y al verse reflejado cabeza abajo, se sintió tan ridículo que se le trabó la lengua. Para peor de males, la gran chimenea encendida calentaba atrozmente el salón.

—¡Qué calor! —fue todo cuanto se le ocurrió decir al entrar.

—Es que hoy mi padre cocina pollos —aclaró, burlona, la princesa.

El joven se quedó de una pieza y no supo qué responder. Toda la enciclopedia latina se le fue de la cabeza y la princesa lo despidió con cajas destempladas.

Pasó entonces el segundo hermano. Miró al techo y se puso pálido al contemplarse dado vuelta; miró la chimenea y se puso encendido como el fuego.

—¡Qué calor hace aquí! —exclamó, pasándose la mano por el cuello.

—Cosas de mi padre... Se le ocurrió asar pollos —explicó la princesa.

—¿Qué es lo... lo que... que di... que di...? —preguntó el joven, tartamudeando, sin poder creer lo que oía ni terminar su frase.

—¡Fuera! —gritó la princesa—. ¡No sirve!

Y los escribanos que estaban en la sala y anotaban todas las respuestas de los pretendientes, pusieron en sus cuadernos: "¿...que di... que di...?"

Pasó por fin Juan el Bobo montado sobre su cabra.

—¡Diablos, esto está que arde! —exclamó al entrar.

—Es que estoy cocinando pollos —dijo la princesa.

—¡Qué bueno! Entonces, ¿puedo yo también asar este pájaro?

—Por supuesto —respondió la princesa, divertida—. Pero no sé dónde lo vas a poner.

—Aquí —respondió triunfante Juan el Bobo, mostrando el viejo zueco—. Es una olla excelente.

Y sin más, metió dentro el pájaro.

La joven se echó a reir de buena gana.

—¡Es un exquisito banquete! —le dijo—. Pero te falta la salsa.

—Nada de eso. La traje en el bolsillo, y es tan buena como no hay otra.

Metió la mano en el bolsillo y la sacó llena de arena barrosa que dejó caer sobre el pájaro en el zueco.

La princesa reía a más y mejor. ¡Vaya muchacho más divertido! Para todo tenía respuesta. Cuando terminó de reir, se arregló la coronita que se le había torcido en la cabeza y muy seriamente se dirigió a los cortesanos presentes.

—He aquí, por fin, alguien que sabe hablar con gracia. Amigo mío, me casaré contigo.

Pero todavía quiso ponerlo a prueba una vez más y añadió:

—¿Sabes que aquellos señores tan serios que están allá sentados, escriben todo lo que dices en un cuaderno? Y mañana lo publicarán en el periódico. Sí, sí, tal como lo oyes. Son tres escribanos y un corregidor. El corregidor es terrible, porque no entiende nada y escribe cualquier cosa.

Al oír esto, los escribanos celebraron la gracia con grandes carcajadas, porque la princesa sólo lo decía para asustar al muchacho. Se rieron tanto que sacudieron sus plumas y llenaron el suelo de tinta.

—¿De quién hablas? —preguntó Juan el Bobo—. ¿De aquellos señorones que parecen de cartón? Pues yo le regalo esto al corregidor —y diciendo esto, terminó de echar el resto de la arena mojada sobre la peluca del personaje.

—¡Perfecto! —exclamó la princesa—. Yo no me hubiera atrevido a hacerlo, pero contigo voy a aprender.

Y riendo a más y mejor, lo proclamó su marido.

Juan el Bobo fue rey. Tuvo una esposa encantadora y compartió con ella el trono.

Todo esto lo sabemos por el corregidor, que lo escribió en su cuaderno.

Ustedes pueden creerlo o no, como les parezca.

LO QUE HACE MI MARIDO, BIEN HECHO ESTÁ

HAY una historia que oí contar cuando era chico, y siempre me parece más bonita que la última vez. Esto suele pasar con algunas personas: se ponen más lindas a medida que va pasando el tiempo, lo cual me parece muy bueno.

Cuando uno sale al campo a pasear, suele ver esas casas con techos de paja y musgos, con las viejas paredes carcomidas, las ventanas amplias muy bajas; cuya cocina sobresale como la panza de un señor gordo. La casa, por lo común, tiene su cerco, y en el terreno que la rodea hay una pequeña charca en la que a veces nada un pato o dos...

En una casa como ésta, vivía un matrimonio ya maduro, campesinos muy pobres, pero felices y de muy buen carácter. No tenían más bienes que un viejo caballo que a ellos no les servía para nada. Afortunadamente, tampoco les costaba mucho, porque el animal se alimentaba con los pastos del camino. De pronto, pensaron que podían cambiarlo por otra cosa que mejor sirviera. Llegado el día de mercado, la mujer dijo a su marido:

—Lleva el caballo. Tú verás si lo puedes cambiar o si te dan algún dinero por él. Lo que hagas, estará bien hecho.

Mientras le hablaba, le ató la corbata —que esto sí lo hacía ella muy bien—, y le cepilló el sombrero. Después lo despidió con un beso y el buen hombre emprendió el camino a la ciudad montado en el caballo que debía cambiar.

Avanzaba despacio nuestro campesino por la carretera polvorienta. En eso, vio venir a un mozo que traía una vaca atada a una soga. "Esa vaca", pensó, "debe dar buena leche. Ofrezcamos ahora el caballo". Y dirigiéndose al mozo, preguntó:

—¿Quieres hacer un negocio? Aunque mi caballo es mucho mejor que tu vaca, te lo doy a cambio, porque a mí no me sirve. ¿Aceptas?

El muchacho se rascó la cabeza, lo pensó y dijo que sí. El campesino hubiera podido volverse a su casa, porque ya había hecho el cambio que su mujer quería, pero estaba a mitad de camino y no quiso regresar sin pasar por la feria. Siguió entonces con la vaca. Poco después se encontró con un hombre que llevaba una oveja; un lindo animal, grande y cubierto de espesos vellones de lana.

—Oye, amigo —le dijo—. Te ofrezco mi vaca a cambio de tu oveja.

Al otro le convino el trato y aceptó en seguida. Y nuestro campesino se fue, camino adelante, muy satisfecho con su oveja, que no costaría tanto mantener como una vaca. Así se cruzó con un hombre que traía una hermosa gansa entre los brazos.

—¡Preciosa gansa llevas! ¡Qué gorda!

Mientras decía esto, no hacía más que pensar en la alegría que le daría a su mujer tener aquella gansa.

—Amigo, ¿quieres que hagamos un cambio? Te doy mi oveja por tu gansa.

El otro, ni corto ni perezoso, aceptó en seguida, y el campesino siguió su viaje. Cada vez encontraba más gente en el camino. A la entrada de la ciudad, estaba la casa de un hombre que cobraba el impuesto. En su huerta vio nuestro labrador una gallina atada. Parece raro, pero lo que ocurría es que la gallina se asustaba con el ruido de tanta gente, y su dueño temía que se le escapara en medio del bullicio.

El campesino se acercó a la puerta, donde estaba sentado el hombre, y mostrándole su gansa le propuso hacer un cambio. Le gustaba tener una gallina: se cuida sola, no da ningún trabajo y pone huevos. ¡Buen negocio!

—Pues, por mí —dijo el hombre—, no hay ningún inconveniente. La gallina es tuya. Dame la gansa y trato concluido.

El campesino estaba loco de contento. ¡Menuda sorpresa se llevaría su mujer cuando viera la gallina, y cuando supiera en cuantas cosas se había transformado el caballo! Era cerca de mediodía y hacía calor. El buen hombre estaba cansado y decidió detenerse en la posada a tomar algo antes de seguir a la feria. Cuando iba a entrar, vio salir al mozo de la posada con una pesada bolsa cargada al hombro, y le preguntó qué llevaba.

—Son manzanas pasadas que voy a echar a los cerdos —le contestó.

—¡Manzanas! ¡Tú no sabes cómo le gustan a mi mujer las manzanas! Pero no tenemos suerte. Nuestro manzano no dio el año pasado más que una sola, y la pobre vieja la tuvo guardada en el armario hasta que se pudrió. A ella le ilusiona pensar que, como decía mi abuela, las manzanas significan prosperidad. ¿Te imaginas lo contenta que se pondría con todas éstas?

—Pues dime cuánto das —dijo el mozo.

—¡Ah! ¿Me las darás? Pues te la cambio por esta hermosa gallina.

No hubo más que decir. El mozo de la posada aceptó el trato y el campesino cambió la gallina por la bolsa de manzanas. Hecho lo cual, entró cargado con ella a la posada, y dejando su tesoro junto a la chimenea, se sentó a beber algo

en el mostrador. El calor calentó las manzanas que comenzaron a crujir. Esto llamó la atención de dos caballeros ingleses que estaban allí bebiendo, y que al interrogar al mozo de la posada, se enteraron que la bolsa de manzanas pertenecía al viejo campesino. Muy pronto se supo toda la historia y corrió de boca en boca por el salón el cuento de aquel viejo tonto que a lo largo del camino había cambiado su caballo por una vaca, su vaca por una oveja, su oveja por una gansa, su gansa por una gallina, y su gallina por una bolsa de manzanas pasadas.

Los ingleses reían a más y mejor. Y no sólo se rieron, sino que como tenían los bolsillos llenos de dinero —siempre es así con los ingleses—, y les gustaba mucho hacer apuestas, decidieron jugarle algo al campesino.

—¡La que te espera en tu casa cuando tu mujer vea los negocios que has hecho! —le dijeron, burlonamente—. Buenos puñetazos vas a recibir...

—¡Puñetazos! —exclamó el campesino, asombrado—. ¡Oh, no! Mi buena vieja me premiará con besos. Y dirá como siempre: "Lo que mi marido hace, bien hecho está".

—¿Quieres apostar algo a que no te va a recibir con besos? Jugamos la cantidad que gustes. Una tonelada, un quintal...

—Me conformo con una fanega de oro, porque yo no puedo apostar más que una fanega de manzanas, y la vieja y yo encima. ¿Está bien así?

—Perfecto —respondieron los ingleses—. Hecha la apuesta.

Nuestro hombre, como vemos, no llegó nunca a la feria donde, según le dijera a su mujer, debía cambiar el viejo caballo. El posadero les prestó su carro y a él subieron los dos ingleses y el campesino que, desde luego, no olvidó su bolsa de manzanas pasadas. Atardecía ya cuando llegaron a la vieja casa del granjero. Su mujer, alborozada, salió a recibirlo a la puerta.

—¡Buenas noches, viejita!

—¡Buenas noches, viejito! —respondió ella con cariño—. ¿Cómo te ha ido?

—Mira, he hecho un magnífico negocio con nuestro caballo.

—No me sorprende. Tú siempre sabes hacer las cosas —respondió su mujer, dándole un abrazo.

Estaba tan alegre con la llegada de su marido, que ni siquiera hizo caso de los dos extraños.

—Cambié el caballo por una vaca.

—¡Ah, qué bueno! Tendremos leche y manteca y queso...

—Espera, mujer, espera. Luego cambié la vaca por una oveja.

—¡Oh, una oveja! ¡Mucho mejor! Siempre piensas en todo. Una oveja come menos que la vaca. Tendremos lana con la que tejeré medias y sacos y un montón de cosas. ¡Eres maravilloso!

—Espera, mujer, espera. Más adelante cambié la oveja por una gansa.

—¡Ay, qué lindo! Con lo que yo quise siempre tener una gansa... Tú no haces más que darme el gusto. Tendremos la gansa en la charca, y cuando llegue el día de San Martín, nos daremos un banquete.

—Espera, mujer, espera. Porque cambié la gansa por una gallina.

—¡Una gallina! ¡Vaya, no tienes pelo de tonto! ¡Eso es un negocio! La gallina pondrá huevos, luego empollará y se nos llenará la casa de pollitos. ¡Ay, marido mío, qué feliz me haces!

—Espera, mujer. La gallina la cambié por una bolsa de manzanas pasadas.

—¡Ven que te doy un beso! —gritó la mujer—. Apenas te fuiste, pensé prepararte una tortilla de nabos, pero no tenía ni uno. Entonces fui a casa del maestro y le pedí algunos a su mujer, ya que tienen un magnífico sembrado. Pero es avara al extremo y me dijo: "¿Nabos? ¡No tenemos en el huerto ni una mala manzana!" ¿Oyes? ¡Ni una manzana me podía prestar! Y yo, tan pobre, ahora le puedo dar las que se me dé la gana. ¡Ah, qué dicha!

Y diciendo esto, lo llenaba de besos. Los ingleses no salían de su asombro.

—¡Qué mujer maravillosa! —reflexionaron—. Cada vez fueron peor las cosas y ella cada vez más contenta. ¡Eso sí que es un tesoro que no se paga con nada! ¡Bien se merece el viejo lo ganado!

Y le dieron el oro de la apuesta al campesino que había recibido besos y no puñetazos como ellos creían. Y así es: verdadero negocio tener una mujer que admira a su marido y que siempre cree que lo que él hace, bien hecho está. Ésta es la historia que yo oí cuando era chico, y que ahora te cuento a ti para que la repitas.

LA CAJA DE YESCA

POR la carretera, ¡un, dos, un, dos!, se acercaba un soldado marcando el paso. Silbaba contento, porque había terminado la guerra y volvía a su pueblo. De pronto, vio aparecer una vieja, tan fea, con su labio colgando, que hasta a un soldado espantaba.

—¡Buenas tardes, buen mozo! —lo saludó—. Se ve que eres un magnífico soldado. ¿Te gusta el dinero? Voy a decirte cómo puedes conseguirlo. Mira. Aquel árbol tan grande que ves allá, es hueco. Te deslizarás dentro, hasta llegar a la raíz; yo te ataré con una soga a la cintura para poder subirte cuando me lo digas.

—Y cuando esté dentro del árbol, ¿qué quieres que haga?

—¡Llenarte de dinero! Allí vas a encontrar un corredor muy largo en el que verás tres puertas cerradas. Las tres tienen la llave puesta en la cerradura. Cuando abras la primera, te hallarás en una habitación donde hay una gran caja, sobre la cual está sentado un perro que tiene los ojos redondos y grandes como tazas de café. Pero no temas; no te hará nada si haces lo que te digo. Toma mi delantal azul, y cuando entres, extiéndelo en el suelo y pon en seguida al perro sobre él. Después podrás tomar del cofre, todas las monedas de cobre que quieras. Si te interesan más las monedas de plata, ve a la segunda habitación; el perro que allí guarda el cofre tiene los ojos redondos y grandes como ruedas de molino; pero te bastará extender el delantal azul y colocarlo encima para que se quede tranquilo. En la tercera habitación, hay un cofre lleno de monedas de oro, guardado por un perro que tiene los ojos grandes como la Torre Redonda. Haz con él como con los otros, y serás rico.

—Supongo que querrás algo para ti —dijo con intención el soldado—. ¿Qué?

—Sólo quiero una vieja caja de yesca que mi abuela dejó olvidada dentro del árbol cuando estuvo la última vez. ¿Me la traerás?

Lo prometió el soldado y todo lo hicieron como la vieja lo indicó. Cuando llegó abajo, vio las tres puertas. Abrió la primera, extendió el delantal en el suelo y colocó encima al perro con los ojos como tazas de café; hecho esto, se llenó los bolsillos con monedas de cobre, y salió otra vez al corredor. Abrió la segunda puerta y el perro con ojos como ruedas de molino, lo miró amenazador. Entonces el soldado lo tomó rápidamente, lo puso encima del delantal y sacó del cofre montones de monedas de plata, dejando abandonadas en el suelo las monedas de cobre. Volvió a salir y abrió la tercera puerta. ¡Terrible perro era aquél, con los ojos tan grandes como la Torre Redonda! Pero el soldado no le temió e hizo como con los otros. Luego, tirando las monedas de plata, se llenó de oro los bolsillos, la mochila, las botas y la gorra. Casi no podía caminar con tanto peso. Cuando llegó al pie del árbol, gritó:

—¡Ya puedes subirme!

—¿Tienes la caja de yesca? —preguntó en seguida la vieja.

—Lo había olvidado... —refunfuñó el soldado. Y volviendo sobre sus pasos, tomó la caja.

La vieja entonces tiró de la soga y lo ayudó a subir. Pero una vez arriba, el soldado quiso saber para qué servía esa caja.

—No es asunto tuyo —le dijo la vieja.

—Ajá... ¿Conque tenemos un secreto? ¡O me lo cuentas, o te arrepentirás!

Y al decir esto, la amenazó con su sable. Al ver que estaba decidido a cumplir su intención, la vieja hizo un movimiento con las manos y desapareció en el aire, sin revelar su secreto. El soldado se encogió de hombros, y siguió su camino en dirección a la ciudad.

Se alojó en la mejor posada y comenzó a darse buena vida. Era rico. Se compró trajes y botas nuevas, hizo muchos amigos y todos lo trataban como a un gran señor. Un día oyó hablar que los reyes del país tenían una hija hermosísima, y deseó conocerla.

—¡Ah, no! —le dijeron—. Vive en un palacio, casi prisionera. Al rey le aseguraron que su hija se casará con un simple soldado, y temiendo que se cumpla esa profecía, la tiene encerrada.

Nuestro soldado no se acordó más del asunto y siguió despilfarrando su dinero, no sólo dándose buena vida, sino haciendo el bien a manos llenas entre los pobres. De manera que muy pronto se encontró sin una moneda, y sus amigos de los buenos tiempos lo abandonaron.

Una noche muy fría quiso encender fuego y halló que no tenía ni una mala vela. Entonces se acordó de la caja de yesca. Al saltar las chispas, se abrió la puerta y entró el perro que tenía los ojos redondos como tazas de café.

—¿Qué desea mi señor? —le preguntó.

El soldado, muy asombrado, comprendió ahora el misterio de la caja de yesca, y sin vacilar, pidió al perro que le trajera dinero. El animal no tardó en regresar con lo que se le pedía. Este descubrimiento permitió a nuestro amigo volver a la buena vida de antes. Si golpeaba una vez la yesca, aparecía el

primer perro; si dos veces, el segundo; si tres, el tercero. Una noche, tuvo una idea: golpeó la yesca y apareció el perro de los ojos como tazas de café.

—Quiero ver a la princesa —le dijo.

No había terminado de decirlo cuando el perro desapareció y volvió a aparecer, trayendo sobre su lomo a la hermosa princesa dormida. Era muy bella y el soldado la besó. Tras de lo cual, el perro volvió al palacio donde dejó a la princesa.

Cuando al día siguiente, el rey y la reina fueron a verla, ella les contó que había tenido un sueño extraño. Le pareció que un perro la había llevado junto a un soldado y que éste la había besado. Poca gracia causó al rey la extraña historia, y dejó junto a la princesa a su vieja dama de compañía para que la vigilara. Esa noche, cuando el perro, obedeciendo al soldado, se llevó a la princesa, la dama lo siguió y marcó con una cruz la casa donde lo vio entrar; así podría decir al rey dónde había estado la joven. Pero el perro vio su maniobra y pintó una cruz igual en todas las otras casas, con lo cual, cuando llegó el día, ni el rey, ni la reina, ni la dama, ni todos los guardias del palacio, pudieron reconocer la puerta.

Entonces la reina tuvo una idea. Cosió una bolsita de seda dejándole un pequeño agujero en una esquina, y la llenó de sémola. Después la ató a la cintura de la princesa. Cuando esa noche, el perro se llevó a la muchacha a la casa del soldado, la sémola fue cayendo por el camino dejando la señal. Así fue cómo pudo descubrirse al soldado. Lo encerraron en una celda, muy triste y muy oscura, y lo condenaron a la horca.

Cuando llegó el día en que debía cumplirse la sentencia, vio pasar a un zapaterito que corría hacia la plaza y lo llamó a través del pequeño enrejado de su celda.

—Hazme un favor —le dijo—. Tráeme el yesquero que olvidé en mi casa, ¿quieres? Tengo muchos deseos de fumar.

El zapaterito, compasivo, le trajo lo que le pedía. Poco después entraron los guardias a buscarlo para llevarlo al tablado. El rey y la reina, muy erguidos y satisfechos, estaban sentados en magníficos asientos rodeados de toda la corte, dispuestos a presenciar el castigo.

El soldadito marchaba airoso y sin dar la menor señal de temor.

Cuando estuvo frente a los reyes, pidió que le concedieran una gracia: tenía vivos deseos de fumar su pipa, y pedía permiso para poder hacerlo antes de morir.

El rey se lo concedió.

El soldado golpeó la yesca, y entonces sí que hubo alboroto. Una, dos, tres veces; y un perro con ojos redondos como tazas de café, y otro perro con ojos como ruedas de molino, y otro con ojos como la Torre Redonda, aparecieron en medio de la multitud. Por supuesto, venían a ayudar al soldado y armaron la de San Quintín, corriendo de aquí para allá, haciendo saltar de un lado a otro a los reyes, a los nobles, a los guardias y a toda la corte.

Volaban por el aire las pelucas de las damas y de los caballeros, y las plumas y cintas de los lujosos trajes sembraban el suelo.

Todos gritaban y pedían clemencia. Entonces el pueblo comenzó a gritar:

—¡Queremos que el soldado se case con la princesa!

Nuestro amigo dijo que sí desde lo alto de un farol adonde había quedado enganchado, y la gente del pueblo subió al soldado a la carroza real, mientras bailaban y daban vivas a su nuevo príncipe.

Los tres perros, guardianes fieles, abrían la marcha y así llegaron hasta donde estaba la princesa, que salió de su palacio y abrazó al soldado.

Las fiestas de la boda fueron suntuosas, y a ellas se invitó muy especialmente a los perros de los ojos redondos que se sentaron junto a la mesa para compartir el festín.

Y así, felices y contentos, el soldado y la princesa vivieron muchos, muchísimos años.

EL COMPAÑERO DE VIAJE

CUANDO murió su padre, Juan tuvo un raro sueño: le pareció que el Sol y la Luna danzaban sobre su cabeza y que su padre, riendo como en los tiempos felices, señalaba a una hermosa muchacha de suelto pelo rubio y le decía: "Mira qué novia te he elegido".

El muchachó decidió irse del pueblo en busca de mejor fortuna y con su pequeña herencia —cincuenta florines y unos peniques—, se echó a correr mundo. Cuando salió al campo, le pareció que todas las flores se abrían, frescas y hermosas, como deseándole buena suerte. Durante algunas noches durmió a cielo abierto sobre parvas de heno, y se despertaba al sonar las campanas en los altos campanarios. Se sentía casi feliz, aunque su pequeño tesoro se había reducido aún más porque había entregado sus peniques a un mendigo. Pero hacer el bien lo ponía contento.

Una noche tormentosa buscó refugio en una iglesia y durmió un rato, pero a medianoche, al ver el cielo despejado, emprendió otra vez el camino y llegó a orillas de un río. Allí vio a dos mocetones que se disponían a arrojar al agua a un pobre viejo. Juan se indignó al ver tan mala acción y los enfrentó.

—Este hombre nos debía dinero y dice que no puede pagarlo —le dijeron—. Queremos darle una lección.

Él ofreció sus cincuenta florines y con ello apaciguó a los dos hombres, que se marcharon dejando al viejo en paz. Esa noche, atravesó Juan un bosque.

—¿A dónde vas, amigo? —dijo tras él un joven que iba en la misma dirección.

—A cualquier parte —contestó Juan—. Estoy solo en el mundo; Dios me ayudará.

—Pues si lo permites, te acompaño —respondió el otro.

Y juntos siguieron el camino y se hicieron muy amigos. Estaba el sol muy alto cuando decidieron sentarse al pie de un árbol para comer algo. En ese momento se acercó por un sendero una anciana muy encorvada, que llevaba una muleta y un pesado haz de leña a la espalda. Juan observó que en el delantal recogido, sostenía tres largas varas de sauce.

Cuando pasó junto a ellos, resbaló y cayó, rompiéndose una pierna. La anciana se quejaba mucho, pero el amigo de Juan, sacando de su bolsillo un pote de ungüento, dijo que él podía curarla. Sólo le pedía en pago las tres varas que llevaba. No le hizo mucha gracia a la vieja este pedido, pero no tuvo más remedio que ceder. Entregó las tres varas y apenas el joven le pasó el ungüento

por la pierna, se levantó y echó a caminar mejor que antes. Poco después, también ellos reemprendieron la marcha.

Pero el camino era más largo de lo que parecía y esa noche tuvieron que descansar en una posada. En la sala se había reunido mucho público porque actuaba un titiritero. En primera fila se hallaba un carnicero gordo con un perro enorme a su lado. Empezó la comedia y aparecieron un rey y una reina sobre un trono, con coronas de oro en la cabeza y largas colas en sus vestidos. Era una comedia muy bonita, pero de pronto, al avanzar la reina, el perro del carnicero se le echó encima y, ¡crac!, la partió en dos. El titiritero quedó desolado: había perdido el más hermoso de sus muñecos. Pero el amigo de Juan se ofreció a pasarle el ungüento maravilloso, y en menos que canta un gallo, la muñeca quedó mejor que antes, porque ahora se movía sola, sin que tiraran de los hilos. El titiritero no sabía cómo pagarle, pero él sólo admitió el gran sable que aquél llevaba al cinto.

A la mañana siguiente, Juan y su compañero siguieron viaje, cuesta arriba entre espesos bosques de abeto. Llegaron a tanta altura que el sol era cálido y el aire más puro. De pronto oyeron por encima de sus cabezas un canto dulcísimo y un cisne blanco cayó muerto.

—¡Qué alas tan bonitas! —dijo el amigo de Juan—. Me las voy a llevar.

Y con el sable del titiritero cortó las alas del cisne. Caminando, llegaron luego a una gran ciudad con cien torres que brillaban al sol como si fuesen de plata. En el centro de la población se levantaba el palacio real, todo de mármol y oro. Nuestros dos viajeros se detuvieron en una posada; el posadero los atendió muy bien, y charlando, charlando, les contó que el rey era una excelente persona, pero que desgraciadamente tenía una hija malísima. La princesa era hermosa y muchos pretendían a su mano, pero a cada aspirante le imponía una condición: adivinar tres cosas que ella había pensado. Si acertaba, se casaría con ella, pero si no, pagaría su error con la muerte. Ya eran muchos los

jóvenes que habían perdido la vida.

Un gran alboroto en la calle los hizo salir a la puerta: pasaba la princesa en su carroza y todos corrían a verla. Era verdaderamente muy hermosa, y a Juan le hizo mucha impresión, porque la princesa era igual a aquella bella muchacha que se le había aparecido en sueños la noche que murió su padre. Se enamoró perdidamente de ella y se propuso conquistarla para terminar con su maldad. Nadie pudo evitar que el muchacho insistiera en lo que se había propuesto, pues Juan confiaba en ganar.

Los habitantes de la ciudad se habían enterado de la llegada de un nuevo pretendiente; lloraron todos, y las pasteleras cubrieron sus mazapanes con crespones. Esa noche, el amigo de Juan lo invitó a beber a la salud de la princesa; Juan no pudo terminar su vaso, pues le entró tal sueño que cayó rendido en su silla. Su compañero lo levantó y lo dejó en la cama, dormido como un tronco. Hecho esto, se ató a la espalda las alas del cisne, se metió en el bolsillo una de las varas que le diera la vieja y salió volando por la ventana hasta el palacio real. Desde allí vio a la princesa que, envuelta en un manto blanco y provista de grandes alas negras, salía también volando en dirección a la montaña. Voló tras ella y cuando la alcanzó, comenzó a azotarla con la vara.

Por fin llegaron. Se oyó un terrible estruendo, la montaña se abrió y la hija del rey entró por un largo corredor, seguida del amigo de Juan, hasta que entraron a una sala con grandes girasoles de fuego en las paredes y el techo cubierto de luciérnagas. En un extremo se levantaba un trono donde estaba sentado un viejo hechicero que saludó amablemente a la princesa, mientras una orquesta de grillos tocaba música. El amigo de Juan se escondió detrás del tro-

no y desde allí vio entrar a algunos cortesanos que, poco a poco, iniciaron el baile. Los cortesanos, que vestían elegantes ropas, no eran sino palos de escoba con repollos por cabeza. Terminado el baile, la princesa preguntó al brujo qué pensamientos debía adivinar su nuevo pretendiente.

—Algo tan fácil que ni siquiera se le ocurrirá. Piensa en tu zapato.

Cuando por la mañana Juan despertó, su compañero le dijo que había soñado con la princesa y su zapato, y le aconsejó decir que eso era lo que ella había pensado. Juan, a quien lo mismo le daba una cosa que otra, asintió. Se encaminó al palacio, y cuando al hacerle la pregunta, él respondió "zapato", la princesa palideció de ira. El rey, en cambio, se puso tan contento que dio una voltereta en el aire, con tanta gracia, que todos los cortesanos aplaudieron.

Al día siguiente se hizo la segunda prueba. Todo sucedió lo mismo que la vez anterior, y la princesa volvió a llevarse su tunda de palos en el vuelo a la montaña. El compañero de Juan dijo después a éste que había soñado con la princesa y sus guantes, y el muchacho volvió a acertar la adivinanza. La tercera noche, el amigo de Juan llevó consigo el sable del titiritero. Cuando la princesa llegó a la montaña, tras sufrir el castigo de siempre, el rey brujo la recibió bailando. Bailaban también los girasoles de fuego y los grillos, y cuando llegó la hora, el hechicero acompañó a la joven al palacio. El compañero de Juan les sacudió de lo lindo con su vara. Al despedirse de la princesa, el hechicero le dijo:

—Piensa en mi cabeza.

Pero cuando emprendía el regreso, el amigo de Juan lo atacó; el brujo, para defenderse, se convirtió en un palo de escoba con un repollo por cabeza, que el joven arrancó con el sable. Después envolvió el repollo y lo entregó a Juan. Cuando éste, siguiendo el consejo de su amigo, dejó caer a los pies del trono el repollo, diciendo que la princesa había pensado en la cabeza del rey de la montaña, todos los presentes lo aclamaron, menos la princesa. Entonces el compañero de Juan dio a éste tres plumas de cisne y un líquido, diciéndole que pusiera cerca de la princesa un barril lleno de agua y que cuando ella estuviera distraída, la sumergiera tres veces, no sin antes haber echado dentro las plumas y el líquido. Así lo hizo Juan.

La primera vez, la princesa salió del barril convertida en un cisne negro; la segunda, en un cisne blanco, y la tercera, apareció como era, pero aún más hermosa porque la bondad resplandecía en su rostro. Abrazó a Juan y le agradeció por haberla librado de su hechizo. En la fiesta de bodas, Juan vio a su compañero acercarse, con un bastón y una bolsa de viaje al hombro. Le suplicó que se quedara con ellos, pero él insistió en irse.

—Vine sólo a pagar mi deuda —le dijo—. Yo soy aquel viejo que tú impediste que los malvados arrojaran al río.

Y haciéndole un guiño, le dijo al oído:

—En realidad soy un ángel enviado a la tierra para ver cómo se porta la gente. Tú has tenido tu premio.

Y diciendo esto, desapareció...

LA PASTORA Y EL DESHOLLINADOR

No sabemos si ustedes habrán visto alguna vez un armario de esos antiguos que tienen las puertas talladas, con hojas y lazos, pero así era el que estaba en el salón de aquella casa. Había pertenecido a la bisabuela, y tenía los decorados más raros que se puedan imaginar.

Entre las ramas asomaban cabecitas de ciervos, con sus cornamentas, y en el centro aparecía una figura horrible, con cara de hombre, patas de cabra y dos cuernitos asomando por entre el pelo ensortijado. Los chicos de la casa le habían puesto nombre: "Comandantenientegeneralenjefepatasdecabra"; pero casi nadie se acordaba de aquel nombre.

Este feísimo personaje no hacía más que mirar a la consola sobre la cual había una preciosa figurita de porcelana, una pastorcita blanca y sonrosada, con zapatitos dorados y el vestido graciosamente recogido con una rosa. Junto a ella, el espejo de la consola reflejaba otra estatuita de porcelana, un pequeño deshollinador, todo negro, pero tan fino y delicado como ella, porque su carita lucía blanca y sonrosada, aunque hubiera quedado mucho mejor tiznada de hollín.

Vivían perdidamente enamorados; pero había alguien más sobre la consola, un viejo chino, mucho más grande que ellos, gordo y majestuoso, que podía mover la cabeza arriba y abajo. Él decía que era el abuelo de la pastorcita y había aceptado, inclinando la cabeza, el pedido de "Comandantenientegeneralenjefepatasdecabra" para que fuera su esposa. Esto hizo llorar mucho a la pastorcita.

—¡No quiero vivir en ese armario oscuro!

—Pues esta noche celebraremos la boda —respondió el chino. Y se quedó dormido.

Entonces la pastorcita suplicó al deshollinador que la ayudara y él se ofreció a acompañarla en su huida por esos mundos. El hombrecito negro tenía una escalerita y utilizándola unas veces, y apoyándose en los adornos de la pata de la consola otras, consiguieron llegar al suelo.

Pero entonces las figuras talladas de la puerta del armario se agitaron, los ciervitos estiraron las cabezas de largos cuernos y produjeron tal alboroto que el "Comandantenientegeneralenjefepatasdecabra" dio un grito y despertó al chino:

—¡Eh! ¡Se escapan, se escapan! ¡Hay que detenerlos!

Los pequeños se asustaron tanto, que se metieron en una vieja arca colocada debajo de la ventana. Allí estaban guardados un teatro de títeres y unos cuantos naipes, que en ese momento miraban la función.

Las damas de la baraja, en primera fila, se abanicaban con sus tulipanes, en tanto los caballeros, detrás de ellas, miraban como mejor podían, tan pronto con la cabeza de arriba como con la de abajo, que así las tienen los naipes, como ustedes saben.

En la obra había dos enamorados que tenían que separarse y la pastora, llorando, no quiso quedarse. Salieron del arca y vieron que el viejo chino, muy despierto, los contemplaba.

—¡Corramos a escondernos en aquella ánfora! —dijo el deshollinador.

—¡No, no! Esa ánfora estuvo de novia con el chino en otra época, y no nos ayudaría. Tenemos que irnos por el mundo —replicó la pastora.

—Pues no hay más remedio que salir por la chimenea, que es el camino que yo conozco. ¿Te animas? Es preciso subir y llegar a lo más alto, donde hay un agujero que sale al mundo —le propuso el deshollinador.

Así lo hicieron.

A la pastora le daba un poco de miedo tanta oscuridad como había en el caño de la chimenea, pero su amigo la llevaba de la mano y ella lo seguía confiada.

En lo alto se veía un poco de cielo y una estrella brillaba, guiándolos. Cuando salieron al aire, la pastorcita puso la cabeza sobre el hombro del deshollinador y se puso a llorar mirando los tejados.

—¡El mundo es demasiado grande! —le dijo— ¡Tengo miedo! ¡Quiero volver a mi consola, junto al espejo!

El deshollinador le recordó al viejo chino y al "Comandantenientegeneralenjefepatasdecabra", pero como ella in-

sistía, accedió a llevarla otra vez al salón.

Abajo, miraron cautelosamente porque todo estaba muy silencioso y vieron, ¡cosa terrible!, que el viejo chino, al querer seguirlos, se había caído y estaba roto en tres pedazos.

—¡Ay! —lloró la pastorcita—. El abuelo se cayó por culpa mía... ¡Es horrible!

Y gemía, retorciéndose las manos.

—No llores así —la consoló el deshollinador—. Es muy fácil arreglarlo. Ya verás cómo lo componen. Se le pone clara de huevo en los bordes de cada pedazo, y un poco de masilla en el cuello... y ya está.

La pastorcita secó sus lágrimas y treparon nuevamente a la consola, donde se quedaron otra vez como si no hubieran salido nunca a recorrer el ancho mundo.

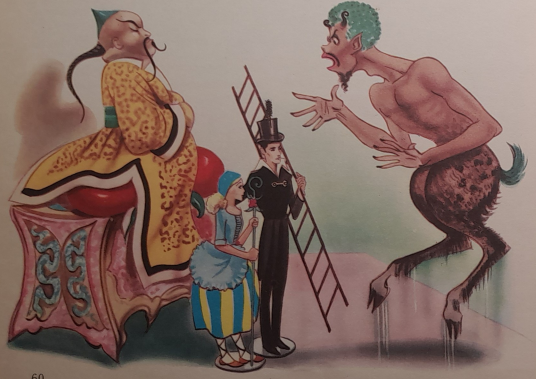
La pastora suspiraba, deseando que el abuelo estuviera pronto pegado y en su sitio. Y así fue. Los dueños de casa lo hicieron componer y volvió a quedar sentado delante del espejo. Pero tenía el cuello endurecido y ya no movía la cabeza.

De manera que cuando el "Comandantenientegeneralenjefepatasdecabra" volvió a preguntarle si le concedía la mano de la pastorcita, el viejo chino ni se movió.

—¡Ah! Se ha puesto muy orgulloso... Pues, ¡váyase usted al demonio!

El viejo chino permaneció muy tieso, sin querer dar explicaciones a aquel insolente y sin inclinar nunca más la cabeza.

Desde entonces, la pastorcita y el deshollinador vivieron felices queriéndose, hasta el día en que se hicieron pedazos.



INDICE

EL RUISEÑOR 7
EL PATITO FEO 11
PULGARCITA 15
LOS TRAJES DEL EMPERADOR 19
LA SIRENITA 23
LA PRINCESA Y EL GARBANZO 27
EL SOLDADITO DE PLOMO 29
EL ESCARABAJO 33
EL ABETO 36
EL PORQUERIZO 39
JUAN EL BOBO 42
LO QUE HACE MI MARIDO, BIEN HECHO ESTA 46
LA CAJA DE YESCA 50
EL COMPAÑERO DE VIAJE 54
LA PASTORA Y EL DESHOLLINADOR 58

Esta cuarta edición de 15.000 ejemplares se terminó de imprimir el 22 de enero de 1974, en Buenos Aires, en los Talleres Gráficos de la Cía. Gral. Fabril Financiera S.A., Iriarte 2035.